



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 37. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Octubre 1876. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVI.

SUMARIO.—Revista de modas, por Joaquina Balmaseda.—Trajes de entretiempo.—Vestido con túnica moderna.—Vestido con paletot.—Traje para niña.—Vestido con coraza para jovencita.—Vestido con adornos de terciopelo.—Fichú de cachemir.—Fichú de malla rosa.—Echarpe romano.—Chal de cachemir.—Fichú de crespon de China.—Corbata rayada.—Sombrero de paja negra.—Sombrero birrete.—Sombrero Alice.—Sombrero Malvina.—Toquilla de tul.—Corbata con encaje Shetland.—Cuello y corbata de moda.—Sombrilla con encajes.—Puntillas de crochet.—Rodaja para sacar los patrones.—LITERATURA: Amor de

madre, por María del Pilar Sinués.—En la muerte de la inspirada poetisa Concepcion Estevearena, poesía, por Susana Lacasa.—A..., poesía, por Eduardo Bryant.—Al Guadalupe, soneto, por Antonio Alcalde Valladares.—A la temprana muerte del simpático niño D. Francisco Serrano y Campi, poesía, por Joaquín Rama.—Influencia que han tenido los árabes en nuestra música moderna.—Marina, por Angela Grassi.—Cómo se compuso la ópera el Otello, por Juan Zané Binzia.—Correspondencia.—Charadas.—Variedades.—Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

Gracias á la galantería proverbial de los Sres. Aguado y Yarto, calle del Carmen, esquina á la de Tetuan, y á la del dueño de la Villa de París, Postas, 22, puedo daros ya una idea completa de las novedades de invierno. Como de costumbre, los tejidos de lana y lana y seda figurarán en primer término, y no quiero decir en absoluto porque siempre ocupa su lugar la sedería rica para las grandes solemnidades; pero para trajes de diario, paseo y visita, las lanas son las obligadas. He podido admirar, no obstante, en el primero de los citados comercios, sedería negra de todos precios y clases, terciopelos *bon marché* (económicos) que dicen los franceses y sedería lisa destinada á servir de combinacion con el variado surtido de lanas que ha traído esta acreditada casa: como gusto dominante en éstas, las rayas; como tejidos y colores, una inmensa variedad. Hay el tejido *tricot*, el *saigon*, el *cachemir paño* y otros mil ya conocidos, y que sería prolijo enumerar; y entre la variedad de tonos, todos oscuros, el azul marino y el ciruela destacan como novedad con las listas azul pálido, doradas ó carmesí: estos tres tonos son de muy buena combinacion. En chales ingleses, en pañuelos ingleses de cuatro puntas con rayas diagonales, y en paletots de *tricot*, castor y paño con lindas pasamanerías y pieles, ha traído esta casa un completo surtido de géneros de invierno. La segunda casa, Villa de París, ántes citada, ha traído como novedad unas túnicas tejidas de cachemir lana y seda, que recuerdan los tejidos turcos, y como son sólo de dos tonos de un mismo color, como azul marino y claro, ciruela en dos tonos, verde en claro y oscuro, resultan á la vista una tela brochada y rica de más abrigo que los tejidos brochados ya conocidos: no vacilo en asegurar gran éxito á estas túnicas, que podrán lo mismo servir con traje de lana que de seda, porque son ricas. En género liso *armure*, *tricot* y *frou-frou*, ha traído colores de gran novedad, y en listas lana y lana, y lana y seda y en imitaciones, el surtido de novedad de las mejores casas de París.

Como habrán podido juzgar por la anterior reseña, las listas son la novedad de los trajes de invierno, combinadas con liso ó sin combinacion, hecho el vestido de una misma tela todo él; pero de qué variaciones y caprichos no son susceptibles las rayas! Ellas se prestan y se llevarán en volantes á rayas al biés contrariadas, en



1. A 3. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑA.

1. Vestido con túnica.

2. Vestido con paletot.

3. Vestido para niña.

bieses cortando las verticales de la falda y en las túnicas y echarpes que crucen las faldas; se verán las rayas perpendiculares por delante, y gracias á los recogidos y caprichos que hoy dominan en los trajes, quedarán diagonales por los costados y acaso horizontales por detrás. El género liso y el brochado se llevará mucho, porque los vestidos de combinacion necesitan el auxilio de todas estas telas, y modelo he recibido de París en que una túnica larga y cuadrada de adelante, quede por detrás del largo de una coraza para dejar ver la falda de faya en el

y de paso os recordaré que el color marfil es el color crema, tan admitido como color solo ó como color en combinacion, porque juega bien con todos: este color, llamado crema hasta hoy, ha conquistado el nombre más propio de marfil, porque imita el blanco mate de este rico producto. Los cuellos siguen haciéndose abiertos, de puntas cuadradas, con puño campana cerrados con tres botones bolas. Hay otro cuello *Amazona* para vestidos abiertos, de puntas ligeramente cuadradas, y que se continúa con unas patas ó caídas que bajan hasta mitad del pecho, don-

mismo tono muy adornada y los bordes de la túnica sujetos á la falda por botones bolas en su mismo color.

También de sombreros puedo deciros algo, porque madame Grenet, que recibe con gran anticipacion las novedades de invierno, las ha ofrecido todas á mi vista en provecho vuestro. El sombrero *Toque* (birrete) será una de las formas de invierno más generalizadas, y el *Timbale-Judit* una de las más deliciosas excentricidades. El sombrero *Baby* es sombrero más lógico, aunque afecto algo la forma de aquél, y el sombrero *Regencia* con su ala levantada con diadema de flores ó plumas, será el más generalizado para personas de respeto. Todas estas formas Mad. Grenet las tiene en faya *coulisee* (fruncida) en fondo bullonado y ala de castor ó de terciopelo, y como adorno para los sombreros dominan las guirnalda con largas ramas flotantes, y en este gusto me ha dejado admirar guirnalda de hojas de roble en su color natural, hojas y frutos de pino y de nogal en ligerísimas ramas y guirnalda de hiedra bronceada de unos reflejos opacos y seductores. Las flores de novedad para sombreros de invierno serán oscuras, y en cambio cintas y plumas se combinarán en un color caroubier, azul pálido y rosa rojo. Un sombrero de castor negro con guirnalda bronceada y pluma y lazos caroubier será del mejor gusto, y otro de castor marfil con pluma de su color y hojas de hiedra en corona, será una deliciosa coquetería. En plumas he podido admirarlas, en la misma casa, de todos colores y tamaños, y en cintas lisas y brochadas, verdaderas tentaciones.

Ya que incidentalmente he venido á ocuparme de cintas, justo es citar las que se han recibido este año de novedad en género brochado y con randas y cenefas caladas para corbatas. En grana, en azul de dos tonos, como la tela para vestidos, y en rosa y marfil, ó marfil y azul á rayas, se llevarán mucho con largas caídas;

de cruzan con tres botones. El cuello *Colin*, con tres pliegues y puntas de corbata iguales, es muy propio para jóvenes, y se hace en tela tupida guarnecida de valencienas ó con cenefas de color. Siguen á este género de lencería los fichús que se llevan de variadas formas y hechuras, como os tengo dicho en números anteriores, y el presente de EL CORREO os ofrece diferentes formas, contándose entre la lencería fina los de encajes y bullones alternados, los de blonda y encaje de Chantilly y los de crespon de China, adornados con anchos encajes. Los de malla parecen destinados á alcanzar gran favor este invierno, y áun los de cachemir completarán los vestidos de calle y de casa.

Como forma para vestidos de casa, la de sotana ó princesa es siempre la preferida, y tengo á la vista un modelo de cachemir gris, de hechura sotana, bien ceñido al talle y cerrado á un lado por tres carreras de botones-bolas pequeños y muy unidos; plegados de faya del mismo color del cachemir, forman el adorno de manga y limosnera, que van además enriquecidas con lazadas largas y caídas de cinta del mismo color. Corbata de la misma cinta se anuda debajo del cuello liso, y difícilmente podría recomendaros traje más sencillo y distinguido para casa y recibir.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Á 3. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑA.

1. *Vestido con túnica*.—Vestido de cachemir á rayas de dos tonos azul, y azul liso del tono más claro: falda de este color, con volante al biés, de 7 cents. de la tela rayada, terminado por otro volantito igual al borde y con biés liso á la pegadura. Túnica princesa de la misma tela rayada y volante con biés al borde, cerrada por delante con botones y recogida muy poco por detrás: cuello, mangas y limosnera de la tela lisa y lazos de cinta azul claro. Sombrero bullonado con guirnalda de flores.

2. *Vestido con paletot*.—(Patron de éste en el mes anterior). Es de tela armure, lisa, con bieases de tono más subido; y este mismo adorno y un encaje guarnecen el paletot holgado y más largo de adelante que de atrás. Sombrero gris con fondo bullonado, que figura sujeto por una cinta alrededor y le adorna una guirnalda de alelías, que se repiten en grupo bajo el ala.

3. *Vestido para niña*.—Es de cachemir rosa, con cuerpo plegado como una blusa y ceñida por cinturón: los pliegues van cosidos en el cuerpo y sueltos en la aldeta, terminada por encaje ruso. Falda con volante plegado y sobrefalda con encaje. Sombrero de paja con fondo de seda rosa y adornos de terciopelo negro y rosas.

4 Á 15. SOMBREROS Y FICHÚS.

4. *Sombrero de paja negra*.—Es de forma birrete, con ala de terciopelo, gran pluma color marfil y grupo de hojas de roble: diadema de encaje crema.

5. *Fichú de malla-rosa*.—El punto llamado malla-rosa es uno de los más á propósito para estos objetos de capricho, como fichús, corbatas, etc. Nuestro modelo es en seda marfil, con fleco anudado de 12 cents., y la malla llamada rosa es la que se ejecuta con dos malleros de distintos gruesos, el más ancho en una vuelta lisa y el más estrecho cruzando cada dos puntos. Se procura contrariar el dibujo á cada vuelta.

6. *Fichú de cachemir y sombrero birrete*.—Tiene este fichú-pañuelo de cachemir, 220 cents. de largo por 47 de ancho en el centro, y va adornado de una aplicación de pasamanería ó encaje recortado y fleco anudado alrededor. Sombrero birrete de tul negro y bridas de lo mismo, adornado de rosas blancas y cintas caroubier.

7. *Fichú de encaje*.—Es muy propio para jóvenes, y su forma un cuadro oblongo de 120 cents. de largo por 110 de ancho, y puede ser de encaje marfil ó blonda española. Sombrero de paja con cintas de terciopelo y flores jardinera.

8. *Echarpe romano*.—Tiene 150 cents. de largo por 54 de ancho, y es de cachemir ó lanilla de colores vivos: se lleva por la cabeza y cruzado por los hombros en las tardes de otoño por el campo.

9. *Fichú de crespon de China*.—De la misma forma que el del núm. 6, de crespon de China, va guarnecido de encaje y de un plegado de muselina, cuyos adornos se agrupan graciosamente por delante al anudar el fichú.

10. *Fichú de crespon*.—De la misma hechura que el anterior, forma cuello vuelto en chal de sí mismo y guarnecido de fleco como el que termina el fichú. Sombrero de castor con ala levantada, adornado de cintas y flores.

11. *Chal de cachemir con encaje ruso*.—Esta novedad es un cuadrilongo liso, de 140 cents. de largo por 70 de

ancho; algunos pliegues se recogen en los hombros y espalda, y lleva ancho entredos de encaje y fleco al canto: nuestro modelo es de cachemir azul y encaje marfil (crema).

12. *Corbata rayada*.—Las cintas de color, combinadas con entredoses marfil, hacen lindas corbatas como la que ofrece nuestro modelo. También se hacen de tejido á rayas mates y calados en un solo color ó en dos tonos de uno mismo.

13 y 14. *Sombreros*.—Hay en el mismo grabado dos sombreros sueltos, propios para entretiempo: el uno, de castor negro con adornos de terciopelo y guirnalda de hojas de hiedra, está en el gusto de los nuevos adornos, y el otro con grupo de plumas, lazadas de cinta y rosas, es también sombrero propio para esta época de transición.

15. *Sombrilla*.—Es de seda negra con encaje negro y forro grana, igual al lazo que la adorna en el centro. Puño de ébano esculpido.

16 Y 17. PUNTILLAS DE CROCHET.

Destinadas á ropa blanca de niños ó de señora para diario, resultan tan sencillas y claras en el dibujo, que nos evitan toda explicación.

18 Y 19. CORBATA CON ENCAJE SHETLAND.

Esta corbata, de tul griego, ó sea de agujero grueso, tiene 124 cents. de largo por 24 de ancho, y las puntas van adornadas de encaje Shetland, del color marfil del tul. La ejecución de este encaje, hecho á punto cruzado sobre el contorno, le recibieron nuestras lectoras en Mayo, y una hoja del mismo la muestra el núm. 19.

20. CUELLO Y CORBATA.

El cuello está formado por puntas de entredos guarnecidas de encaje, y la corbata es una cinta con orillas caídas en la seda. Esta clase de corbatas de cinta en colores fuertes ó perdidos, es la gran novedad del momento.

21. TOQUILLA DE TUL.

La forma de esta toquilla es un pañuelo de tres puntas, colocada la del centro sobre una armadura en diadema de tul alambrado. El encaje que la guarnece puede bordarse de color rosa, azul ó caroubier, y algunos frunces disimulados por lazos, le dan la forma que muestra el grabado y la hace un adorno precioso para por las tardes en el campo y en el jardín. Si se hace esto mismo con un pañuelo de punto de lana, será abrigo para las noches de invierno.

22 Á 24. TRAJES PARA JOVENECITAS.

22. *Vestido con coraza*.—(Patron en el mes anterior). Entredoses bordados en tul griego y bieases cosidos por las dos orillas, con encaje por encima, que deja asomar el extremo del biés, forman el adorno de este vestido de bengalina ó parisien. La falda lleva un volante de 20 centímetros de ancho con el adorno indicado, que se repite en la sobrefalda y coraza. Sombrero pastora de paja con lazos del color del traje.

23 y 24. *Vestido con túnica*.—(Patron en números anteriores). Hácese en lana de cuadros, y la falda lleva volante al biés, con bordado al canto y biés á la pegadura de terciopelo; túnica princesa abotonada por detrás y recogida de los lados, adornada con volante adornado de bordado y pegado con cabeza sobre un biés de terciopelo; limosnera con bordado y cinta de terciopelo, y manga con doble guarnición y biés. Cuello abierto de Holanda y corbata de cinta de faya bordada y calada, cuyo dibujo muestra el núm. 24. Sombrero de castor negro con cintas y flores del color del traje.

JOAQUINA BALMASEDA.



AMOR DE MADRE.

NARRACION ESCRITA
POR MARIA DEL PILAR SINUES.

I.

Era una noche de estío de 184... cuando en un hermoso salón de una de las más suntuosas casas de Madrid se hallaban reunidas cinco personas, y esperando al parecer, con la más viva ansiedad, alguna noticia ó aviso que debía venir de fuera.

El primero de los allí reunidos era un anciano grave, ó más bien, austero, de alta estatura y cabellos blancos ya, como la nieve que cubre casi todo el año las elevadas crestas de los Alpes.

Este caballero estaba vestido de un rico traje negro; su levita rígidamente abrochada hasta el pecho, dejaba ver, sin embargo, una preciosa camisa de batista, cerrada por dos botones de perlas y esmeraldas: por debajo de la holgada levita se veía parte de una preciosa y finísima cadena de oro del mejor gusto por su sencillez, que después de sujetar el reloj, sostenía algunos sellitos de oro también, enriquecidos con pedrería y del tamaño más diminuto.

En suma, todo en aquel hombre demostraba al caballero, noble, rico, aristócrata y habituado á la vida del gran mundo.

Era, en efecto, lord G... embajador de Inglaterra en España.

Su esposa era española; en Cádiz había visto la primera luz: allí la conoció lord G... en un viaje que hizo, al salir ya de su juventud, y se casó con ella.

Era aún una criatura maravillosamente bella: tenía la tez algo trigueña y los ojos grandes y negros como el terciopelo: sus cejas de seda tenían una delicadeza y una pureza admirable: sus cabellos negros se reunían en gruesas y apretadas trenzas que acariciaban su cuello torneado, blanco y lleno de gracia; su traje contribuía mucho á dar más belleza y elegancia á su figura: llevaba un vestido de seda de color claro, siguiendo la moda de las señoras inglesas que visten con esmero para la mesa, conservando su *toilette* toda la noche, aunque no salgan de su casa.

Lady G... llevaba sobre el cerrado escote de su vestido, que dibujaba maravillosamente su talle de ninfa, un cuello de encaje de gran valor, prendido por una estrella de diamantes.

Dos estrellas de la misma forma, pero muy pequeñas, adornaban sus orejas, diminutas y blancas como el marfil.

Aquella encantadora dama contaba, á lo sumo, treinta y dos años; llamábase Cármen, y tanto su nombre como el género de su belleza, acusaban su origen meridional.

El tercer personaje era una niña tan hermosa, tan pura, tan radiante, por decirlo así, que á primera vista, podía tomársela por uno de esos admirables ángeles que se ven en los bajo-relieves de la escuela romana.

Su espesa y rubia cabellera era tan copiosa que parecía fatigar con su peso su cuello de cisne y su frente de nácar: aquellas ondas de oro tenían algo de vaporoso y de aéreo, como las cabelleras de las vírgenes inglesas.

Inglesa é hija de lord G... y de Cármen era, en efecto, aquella encantadora criatura; llamábase María y acababa de cumplir quince años.

Aún se veía en sus ojos la inocencia de la primera edad: en aquella mirada azul, límpida y llena de dulzura había un mundo de sensibilidad y de amor.

Las otras dos personas restantes no eran tan agradables como las tres que quedan descritas, y sobre todo se diferenciaban mucho de Cármen y de su hija; la una, sin embargo, llevaba el dictado de señorita: hermana de lord G... contaba cuarenta y cuatro años y ostentaba el pomposo nombre de Arabela.

Figuraos, mis queridos lectores, una mujer muy alta y tan delgada que parecía que iba á romperse: figuraos unos cabellos de puro rubios blancos ó albinos, sombreando un rostro casi pajizo; tanta era su palidez; es decir, que los cabellos y la tez tenían un color casi igual.

Los labios no diferían mucho: eran blancos, pero tan delgados que apenas podían cubrir sus dientes largos y descarnados, aunque escrupulosamente limpios.

Tal era Miss Arabela: su nariz era bastante larga y encorvada: sus ojos tenían el azul casi blanco de la porcelana: sus pestañas eran cortas y amarillas como su cara y sus cabellos; es decir, que toda la armonía de colorido que hay en el rostro humano, y sobre todo en el rostro de la mujer; que toda la luz y la sombra que nacen de los ojos, de los cabellos, de las cejas, de las pestañas, de los labios, de las mejillas, en Arabela se habían fundido en un sólo y único color: el amarillo.

Es imposible imaginarse el contraste que aquella pajiza y apagada criatura hacía con la belleza enérgica de Cármen y con la hermosura sonrosada de María; parecía un cadáver entre una diosa y un querubín: una espina entre dos flores; una estaca entre dos perfumados arbustos.

El corsé de la señorita Arabela, estrechamente ajustado, hacía aún más extraordinaria la ya asombrosa delgadez de su cintura en extremo prolongada, porque tenía el talle muy largo; su pecho era hundido; los huesos de sus hombros querían agujerear su vestido de gro verde claro: sus brazos parecían dos espárragos.

Vosotros direis, lectores míos, al leer esta descripción:



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2ª II Madrid.

—Hé
mala; sin
bondad
lo vereis

Vestía
traje era
se viese
tase del
jidas por
dos, ten
plo que
biera pr
cabello
quina q
de costu
misma.

Su pe
do en un
sado con
delante
alisados
zones.

Arabe
había p
ni á su
desde lo
ta y cua
rita de c

Era p
pasaba
cerrar c
tas; era
de Carn
á misa y
seña una

Pero
ahora d
ta como
última

Era v
años, de
nomía h

Era,
canzaba
en la C

Osva
cútis bl
muy br
y noble
poblado

En su
mun, p

Vestí
un frac
blancos
je, eran

Osva
la, des
porveni

—¡Po
—Lu

Mi
llon, m
bela m
«Dios s
cones.

DE L

—Hé aquí una mujer que la autora va á pintarnos mala; sin embargo, no es así: Miss Arabela era buena y bondadosa, porque era excelente cristiana; más adelante lo vereis.

Vestia con un esmero acompasado y meticoloso; su traje era largo, sólo lo exactamente preciso para que no se viese más que un poco de zapato, y para que ocultase del todo sus blancas medias de hilo de Escocia, tejidas por su mano. Su cuello y mangas muy almidonados, tenían siempre una azulada blancura; no había ejemplo que, fuese cualquiera el estado de su espíritu, se hubiera presentado Arabela á la mesa del desayuno con el cabello sin arreglar ó con el corsé sin poner: era una máquina que andaba ya sin cuerda y por una especie de costumbre, ó más bien, que llevaba la cuerda en sí misma.

Su pelo, que era muy escaso, estaba siempre levantado en un pequeño rodete, formado muy alto, y muy alisado con pomada que le llenaba de manchas oscuras: por delante llevaba dos pequeñas baterías de bucles también alisados; en las grandes festividades se hacía tirabuzones.

Arabela no había tenido jamás ni un solo novio; nadie había pedido su mano, ni á su padre, cuando éste vivía, ni á su hermano, bajo cuya tutela y protección estaba desde los veinte años de su edad, porque á la de cuarenta y cuatro aún tenía el rubor y la timidez de una señorita de catorce.

Era por lo demás, una buena y sencilla criatura, que pasaba casi todo su tiempo en arreglar sus cajones y en cerrar con llave en sus cofres sus gorros y sus manteletas; era ella la que cuidaba de las llaves y de los cajones de Carmen y de María; era la que llevaba á esta última á misa y á confesar, y la que la había educado; pues poseía una instrucción tan vasta como profunda.

Pero ya volveremos á hablar de Arabela, á la que ahora dejaremos sentada en un sillón, erguida y enhiesta como un junco, y pasaremos á describir la quinta y última persona de las que ocupaban el salón.

Era un joven que parecía contar veintiocho á treinta años, de elevada estatura, y en cuya altiva y dura fisonomía había mucha semejanza con lord G...

Era, en efecto, su hijo Osvaldo, joven señor que ya alcanzaba la honra de vestir el manto de par y de sentarse en la Cámara.

Osvaldo era hermoso, robusto, ágil y elegante: tenía el cutis blanco y algo encendido; los ojos muy grandes, muy brillantes y de un color verde mar; la nariz derecha y noble; la boca fresca y roja, adornada con un largo y poblado bigote rubio.

En su frente elevada se veía una inteligencia poco común, pero también una soberbia indomable.

Vestia, con un gran lujo y esmero, un pantalon negro, un frac azul con botones dorados, corbata y chaleco blancos; los botones de su camisa, con chorrera de encaje, eran de brillantes y también los sellos de su reloj.

Osvaldo respetaba á su padre, amaba á su tía Arabela, despreciaba á Carmen y meditaba mucho acerca del porvenir de su hermanita María.

—¿Por qué?

—Luégo se sabrá.

Milord G... se paseaba, Carmen sentada en un sillón, miraba á su hija; María miraba á su madre; Arabela miraba al techo, y Osvaldo tocaba la marcha real "Dios salve á la reina" en los cristales de uno de los balcones.

(Se continuará.)

EN LA MUERTE

DE LA INSPIRADA POETISA LA SIMPÁTICA SEÑORITA
CONCEPCION DE ESTEVARENA.

Descansa en paz.

Ya tu cuerpo descansa para siempre
en tétrico ataúd,
Ya ha exhalado también su última nota
tu inspirado laud.

¡Feliz tú! que cumpliste en este suelo
tu sagrada misión
Derramando simiente de consuelo
que alivie el corazón.

En el cielo reposas ¡mujer santa!
porque tu vida fué
Vida de abnegación; tu virtud tanta
como tu ardiente fe.

Tú has muerto, sí; mas tu recuerdo amado
jamás se borrará;
Que el triste corazón que has consolado
á tí bendecirá.

Hoy que tu alma al cielo se ha elevado;
hoy que la dicha alcanzas,
Como santo recuerdo me has dejado
tus Dudas y Esperanzas.

Bendita sea siempre como ahora
¡que mi pena alivió!
¡Llor eterno á la inmortal autora
que "Angela" escribió!

Llegue mi acento adonde estás sentada
junto al Sumo Hacedor,
Y mitiga de mi alma desolada
el acerbo dolor.

¡Descansa en paz! y á la que en este suelo
te admiró, con razón;
Envíala piadosa desde el cielo
tu santa bendición.

SUSANA LACASA.

Huesca 16 de Setiembre de 1876.

A.....

Si á un triste marinero
Lanzado entre las olas de la mar
Se le quita el madero
Al que por no morir se agarra fiero,
¿Quién lo podrá salvar?

Si un corazón malvado
Á una paloma logra arrebatarse
Su nido idolatrado,
¿Quién del grande dolor que la han causado
La podrá consolar?

Si á una preciosa flor
Con injusta razón se la privase
Del agua y del calor,
¿Quién le diera otra vez su grato olor
Después que se secase?

Si como me has mirado
Mil y mil veces, no me miras ya
Porque me has olvidado,
¿Quién al saber lo mucho que te he amado
Mi llanto enjugará!

EDUARDO BRYANT.

AL GUADALQUIVIR.

SONETO.

Con los recuerdos de mi edad primera
que nunca mueren en el pecho mío,
vuelvo hoy á verte, cristalino río,
y de nuevo á gozar en tu ribera.

Mas cuando siento con veloz carrera
pasar la vida en mi dolor impío,
y desmayar el alma bajo el frío
de su triste y marchita primavera;

Quiero que sepas que mi amor no olvida
que fuiste su embeleso desde niño
y lo serás hasta acabar mi vida;

Y que al morir el sol de mi fortuna,
anhelo como emblema de cariño
mi sepulcro encontrar junto á mi cuna.

A. ALCALDE VALLADARES.

Córdoba, 1876.

Á LA TEMPRANA MUERTE

DEL SIMPÁTICO NIÑO

DON FRANCISCO SERRANO Y CAMPI.

¡Pobre niño, cuán fugaz
Fué en el mundo tu existencia!...
Ya de Dios en la presencia
Disfrutas de eterna paz.
La parca fiera y voraz
Te arrebató á nuestro amor;
¡En vano llanto y dolor
Brotó el pecho acongojado!...
¡Ay, cuán pronto has volado
Á la mansión del Señor!

JOAQUÍN RAMA.

INFLUENCIA

QUE HAN TENIDO LOS ÁRABES EN NUESTRA MÚSICA MODERNA.

Nadie podrá dudar que hasta el tiempo en que apareció Mahoma, el profeta de la Meca, no fué la Arabia más que un pueblo compuesto únicamente de pastores nómadas, soldados sin disciplina militar y salteadores de oficio. Pero habla el fundador de la religión musulmana, y empieza una nueva era para el embrutecido país, que se levanta á su palabra para extenderla por todo el universo.

Desde que adquirieron los árabes, bajo la iniciativa de Mahoma, las innumerables posesiones que conquistaron con sus frecuentes tentativas, opérase en ellos una revolución súbita é inesperada. Nace la afición á las letras y á las bellas artes; acógense los sabios de todos los países; establécense academias para propagar la luz y la razón, é imagínanse, por último, los museos para depositar los monumentos adquiridos, relativos á las ciencias y á las artes, para entregarse con afán á su estudio en los plácidos momentos de quietud y tranquilidad. Desde que los árabes, en fin, empezaron á conquistar, á tener posesiones y á ser tenidos por pueblo de una regular policía, empezó también su época floreciente.

Por la mediación de Mahomet vinieron profesores griegos á iniciar á los árabes en los dificultosos procedimientos del arte musical; y muy pronto, gracias á su aprovechamiento, pudieron contar entre sus músicos, hombres de verdadero talento, tales como el que con sobrada justicia fué conocido por el *Orfeo de la Arabia*. Á pesar de lo que el Corán dice: "Escuchar la música es pecar contra la ley; componer música es pecar contra la religión, etc.," preciso es que coloquemos este entre los estudios que los árabes cultivaron con más éxito; y tener en cuenta también que el mismo Mahoma, no obstante aquella publicación política y religiosa, base primera de su poder y autoridad, contribuyó en gran manera á que el arte de las musas se cultivase en el país que instruía y gobernaba.

Fué tan estudioso el pueblo árabe en tiempos no muy lejanos, que sus conocimientos pasaron á la Siria y á otros muchos países, en los cuales se distinguieron notablemente. En España florecieron más que en ningún otro territorio, pues que en ella abrieron ancho campo á la doctrina y á la crítica. Díganlo sino los documentos que en varias bibliotecas, y particularmente en la de San Lorenzo del Escorial, se conservan y se estiman.

Dejemos al poeta, al arquitecto, etc., que demuestren los conocimientos que de sus respectivos estudios tenían los árabes cuando conquistaron la península española; pues nosotros, fieles á nuestro propósito, sólo daremos razón de lo que á la música concierne.

Cuando los árabes ocupaban parte de nuestra península, época no muy oportuna ciertamente para que sus hijos pudieran dedicarse á ningún estudio artístico, fueron ellos quienes cultivaron el arte musical, engrandeciéndolo notablemente. De ahí que estimulados los españoles por sus mismos maestros, digámoslo así, se dedicasen á estudiar con afán cuando terminó en España la dominación árabe, valiéndose al efecto de las obras que ésta dejó esparcidas en nuestro suelo. Pero antes de esta época, por más de un concepto venturosa para los españoles, ya Alfonso el Sabio (en el siglo XII) que debía toda su ciencia á los libros musulmanes, escribió sus *cántigas*, cuya obra revela un gran adelanto en los conocimientos musicales.

Este mismo rey, movido por los árabes que le animaban con su ejemplo, fundó en 1254 en la ciudad de Salamanca la célebre catedral que lleva su nombre, según consta por la crónica de este monarca sabio y laborioso.

Es también muy digno de advertir que algunos cantos populares que todavía se conservan en muchos pueblos de España, son obra indudablemente de los musulmanes. El *fundango* es producción de un moro; la *jota* fué escrita en el siglo XII por un árabe llamado Aben Jot; la *malaqueña* débese á una musulmana; y lo mismo podríamos decir también de otros muchos cantos que con frecuencia se oyen en la música popular.

Por eso un autor moderno, al hablar de los adelantos científicos en España, nación invadida en distintas épocas por diferentes pueblos, se expresa así: "La invasión árabe en el Mediodía de la Península, en donde la huella extranjera fué siempre más profunda, y por cuyo motivo, bajo los aluviones de la conquista, desapareció casi por completo el suelo primitivo, respetó la religión, las leyes y las costumbres de los vencidos, atrayéndose con semejante tolerancia las voluntades que Roma ni Cartago pudieron conseguir; y mezclándose el idioma de los conquistadores, formaron una amalgama de tantos orígenes diversos, que asombraron á Europa con los adelantos científico-literarios, y las canciones árabe-hispa-

nas, tanto en su música como en su poesía hicieron el encanto de nacionales y extranjeros. — Que esto es así no cabe duda alguna: los árabes influyeron notablemente en los estudios musicales de nuestra península.

Los instrumentos musicales que los árabes conocían, fueron adoptados asimismo por los españoles para su música popular, extendiéndose después á otras naciones en las cuales conservan todavía el nombre de *moriscos*. Los instrumentos que nos dejó la dominación árabe, fueron los siguientes: la *gula*, la *guitarra*, la *ataleira*, la *alabaina*, la *chirimía*, los *ayáiles* y los *atabales*. De estos instrumentos sólo se conservan algunos en la actualidad.

Si al estímulo, música é instrumentos de los árabes debemos nuestro adelanto, no lo debemos menos á las obras que de este género han dejado aquéllos en España. Citarémos algunas que se encuentran en el Escorial. Entre más de 1.920 manuscritos que de diversos estudios se conservan en dicha biblioteca, existen tres obras musicales, cuyos títulos son: *Gran colección de tonos*, *Música popular* y *Elementos de música*. La primera comprende 150 piezas y 18 artículos biográficos de artistas distinguidos; la segunda contiene aires bailables con su correspondiente explicación para interpretar la parte coreográfica; la tercera trata de la composición, del canto, de los instrumentos y del acompañamiento. Estas obras son de gran mérito, atendiendo la época en que fueron escritas; merecen ser consultadas con detenimiento.

No podemos negar, en vista de lo que dejamos apuntado, que los árabes han contribuido en gran manera á que la música tomase un giro satisfactorio en nuestro país; pudiendo, por consiguiente, asegurar sin reparo alguno, que á ellos debemos la formalización de un regular sistema en la península española.

(La España Musical).

MARINA

FOR

ANGELA GRASSI.

(Continuación.)

Los salvajes llegan: se arrojan sobre él... le arrastran consigo... ¡Bárbaros!... ¡crueles! le mutilan horrorosamente á la vista de su ejército asombrado!

Alejo se detuvo un breve instante, y luego prorumpió con el más desolado acento: — ¡Por mí! ¡por mí! insignificante soldado, se cayó de vuestras sienes hecha pedruzcos la corona que habíais comprado con vuestra sangre! ¡por mí tan sólo, os veis reducido á tan infeliz estado!

Alejo, dijo el joven con dulzura, ya que has querido recordar esta terrible escena, recordémosla por entero. Mi ejército, compuesto en parte de salvajes sometidos, en parte de capitanes asalariados, al presenciar mi desgracia se dejó sobrecoger por un pánico terror y tomó precipitadamente la fuga.

Yo quedé en poder de los caribes, los cuales por un exceso de refinada crueldad, me dejaron la vida y me expusieron en una especie de cajón en la plaza pública, para que fuese objeto de las continuas burlas y anatemas del desenfadado populacho. ¡Cuánto sufrí entonces! ¡Yo, en la fuerza de mi juventud, yo lleno el día antes de ambiciosos proyectos, yo, que en mi orgullo creía poderlo todo, yo, impotente ya, y sin esperanzas, aguardaba la muerte como el único remedio posible de mis penas. Tres meses pasé en este estado.

Pasado ese tiempo, vi llegar un buhonero ruso, cuyas facciones no me parecieron desconocidas, aunque recordaba haberlas visto descompuestas por las pálidas sombras de la muerte.

El buhonero traía mil fútiles objetos que agradaron muchísimo á los salvajes, y ofreció darlos todos en cambio de mi persona.

Yo carecía ya de importancia para ellos, y mi desconsuelo que tanto les había divertido en un principio, empezaba á fastidiarles.

El trato quedó concluido: el piadoso buhonero me puso en el trineo en el cual había conducido sus efectos, y me llevó consigo.

Tú eras el buhonero, Alejo: tú, causa inocente de mi desastre, que te consideraste gratuitamente como mi deudor y que vendiste cuanto poseías para rescatarme.

Tú, el más generoso de los hombres, abandonaste tu carrera, tu porvenir, tu patria, para identificarte con el infeliz mutilado, para consagrarle tu existencia y ser su único amparo en este suelo.

¡Qué iba á ser de mí! ¡qué me quedaba en el universo! ¡nadá! ¡Tú enlazaste tu sér rico en porvenir y en esperanzas con el sér del que sólo debe considerarse como un viviente cadáver! ¡Tú me rodeaste de los cuidados que una madre prodiga á sus hijuelos, tú enjugaste con tus

caricias mis ardorosas lágrimas, y cuando dije: «deseo ir á Sandomir por la vez postrera», no perdonaste sacrificio para conducirme desde las heladas estepas de la Siberia hasta estos sitios! ¡Oh, Dios te bendiga, Alejo, Dios te bendiga, y ahora que se ha cumplido mi último, mi exclusivo voto, vamos á Uglicher, y ella y cuantos me han amado ignoren para siempre que aún existo!

no me vea jamás...! ¡que conserve aquél plácido recuerdo...! ¡Huyamos, Alejo, huyamos!

Alejo, destrozado de dolor, dió un violento empuje al trineo; pero una suave mano le detuvo, y una voz dulce como la de los ángeles murmuró blandamente:

— Jorge, ¡por qué quieres partir sin esperar á tu amada esposa!

más precio á mis ojos, tu noble corazón. Vuelve en tí, Jorge mío, vuelve en tí, y contempla á tu lado á la que está decidida á compartir tu suerte.

El eco de su voz, tan suave como la del céfiro, penetró hasta el alma del joven y la devolvió la vida. Jorge entrecerró los ojos, recobró sus sentidos, y contempló á Marina con una mezcla de extravió, de placer y de amargura.

seré tu compañera, tu esclava, y me consideraré feliz cuando brille en tus ojos un rayo de esperanza!

Jorge escuchaba arrobado este sublime discurso, pronunciado con la más noble sencillez, y no hallaba palabras para responderla. Alejo se postró de rodillas ante ella y la adoró como á una santa.

Solo los ángeles podrían describir la embriaguez de la

Marina, la mujer llena de abnegación y de ternura.

¡Crecis acaso que el cielo es sin piedad porque priva á veces de todos los dones materiales á algunos desdichados seres! ¡no! Por mas que afija á un corazón el infortunio, Dios le concede dulces é inefables consuelos, desconocidos de los felices y poderosos de la tierra. Dios para cada herida reserva sus bálsamos inmortales, y cuanto es más profunda, más eficaz es el bálsamo que la aplica. No compadezcáis demasiado á los que lloran: ellos en el santuario de su corazón hallan á veces tesoros de felicidades, comparables sólo á los que gozan los elegidos en el regazo del Eterno. Al lado de cada infortunio hay un goce, al lado de cada felicidad humana una punzante amargura. ¡No os ha acontecido á veces medir con los ojos del alma la posibilidad de que os agobie una espantosa catástrofe y creer que sucumbiréis bajo su peso? Sin embargo la catástrofe llega, y halláis en mil incidentes escapados á vuestra prevision, motivos de santas é inexplicables alegrías que os hacen llevar vuestras penas.

¡Y podría suceder de otro modo cuando el Arbitro supremo es un bondadoso padre, que cuida con esmero de todas sus más débiles criaturas!

Alejo y Marina permanecieron largo tiempo postrados á ambos lados del trineo, mientras Jorge invocaba las bendiciones del cielo sobre sus puras frentes.

En vano quiso rechazar el sacrificio de su amada, en vano quiso que desistiera de su intento; Marina no oponía á su arrebatada elocuencia más que una razonada calma, que atacaba sus razones, y destruía uno por uno todos sus tesoros.

Jorge quedó vencido. Marina le arrancó la promesa de permanecer escondido todo el siguiente día en aquellos alrededores, y de volver por la noche al mismo sitio.

El alba empezaba á blanquear la punta de los árboles, y la doncella, segura de la promesa de su amante, se separó de él para volver al castillo.

Las lágrimas no oscurecían sus ojos, los suspiros no levantaban su pecho; estaba resignada con los decretos del Eterno y resuelta á cumplir su misión hasta la muerte. Así que el sol esparció sus mil lenguas de fuego por la llanura, mandó un paje á Sandomir para rogar á sus diez hermanos que acudieran al castillo.

Aún no habían pasado tres horas, cuando nueve hermosos manebros, montados en briosos corceles, pasaban el puente levadizo. Marina los esperaba en el salón humildemente vestida. Los jóvenes que reverenciaban á su hermana tanto como la amaban, al ver que los recibía con aire solemne, presentaron algun extraordinario acontecimiento y aguardaron en silencio.

— Hermanos, dijo Marina con voz dulce, pero firme, se ha resuelto por fin el problema de mi vida. El que ha recibido mi fe ante los altares, vive; pero en lugar de la corona que ambicionaba para rendirla á mis pies, ha alcanzado una corona de espinas.

Creo de mi deber ceñir con ella mis sienes, y os he llamado para participaros mi irrevocable resolución. Dicen las Sagradas Escrituras, que la esposa debe abandonar á su familia para seguir á su esposo; ¡yo! la mujer nunca debe negar amparo á su marido desolado, y aunque el amor no me invitara á seguir á Jorge, el deber me impulsaría á hacerlo. Os he llamado para daros mi postrer adiós; congozo la nobleza de vuestro corazón y sé que aprobáis mi conducta. La hija del conde Palatino de Sandomir abandona desde hoy la mundana pompa, para ceñir su existencia á la existencia de un triste mutilado. Adios, hermanos, y dadme vuestra bendición antes que parta á cumplir mi sagrado ministerio.

Conrado, el mayor de los diez hermanos, quiso hacerla algunas observaciones.

Marina le atajó diciéndole con entereza: — Sé que si queréis podéis oponeros á mi proyecto, y sin embargo, resuelta como estoy á llevarlo á cabo, os lo he participado confiando en la nobleza de vuestros sentimientos, y segura de vuestros caballerosos instintos. Habiéis llamado á Jorge hermano, le habeis considerado como á mi esposo, os habeis acostumbrado á acatarle como á un príncipe, á quien reservaba el cielo una dema, habeis compartido sus juegos infantiles, y no queréis que ahora le abandone en su desamparo y miseria, no queréis que yo miera de dolor en este recinto, cuando mi dicha estriba en vivir al lado del esposo que Dios, en sus altos decretos, me ha destinado en la cuna.

Había tal acento de autoridad y dulzura en sus palabras, que sus nueve hermanos quedaron subyugados. Fortuna fué, sin embargo, para ella, que el décimo, llamado Uladislao, se hallara en Cracovia, pues era el más altivo, y se hubiera indudablemente opuesto á su designio.

Al tender otra vez la noche su estrellado velo, Marina salió del castillo acompañada de Yola, que no quería abandonarla, y de sus hermanos, que sólo la dejaron de



4. Sombrero de paja negra.

5. Fichú de malla rosa.

6. Fichú de cachemir y sombrero Bivrete.

7. Fichú de encaje.

8. Echarpe romano.

13. Sombrero Alicia.

9 y 10. Fichú de crespon de China.

12. Corbata rayada.

14. Sombrero Marina.

— Viviremos los tres juntos, los tres solos, repuso la encantadora doncella. Existiremos con el corazón únicamente, y olvidaremos al mundo, embriagándonos con nuestra mutua ternura. Jorge, aún hay estrellas en el cielo cuando brilla la estrella del amor! Partamos. ¡Yo

desgarradora y dulce escena que tuvo lugar entre aquellos tres seres, tan nobles y magnánimos. Jorge, el valiente guerrero que no había querido negar la limosna de una palabra cristiana al soldado moribundo; Alejo, el modelo de la exaltada gratitud;

el más altivo, y se hubiera indudablemente opuesto á su designio.

Al tender otra vez la noche su estrellado velo, Marina salió del castillo acompañada de Yola, que no quería abandonarla, y de sus hermanos, que sólo la dejaron de

pues de haber recomendado á Jorge su ventura y de haber llenado el trineo con sus generosas dádivas. Marina, en su escrupulosa delicadeza, ni aún se había querido llevar las alhajas de su madre.

Cuando los generosos mancebos se hubieron alejado, Alejo dió un violento empuje al trineo, y Marina abandonó los Estados en los cuales era soberana, para seguir en su miseria á un infeliz fallo de recursos y esperanzas.

¡Oh santa y noble misión de la mujer! ¡Dichosa aquella que al volver á su celeste patria pueda mostrar á Dios el rebotante cáliz de las lágrimas que ha recogido durante su trayecto por el suelo! ¡Dichosa, oh sí, dichosa, mil y mil veces dichosa la que ha sabido imitar al mártir del Evangelio, dando su terrenal vida por el bien de sus hermanos!

En la frente de Marina al seguir á su esposo, brillaba esa sublime aureola de los santos que inunda de divinos reflejos el semblante.

Cuando las primeras luces de la aurora vagaron por el cielo, aquel trineo que contenía todo un mundo de felicidad y de amargura ya estaba lejos.

Nadie pudo penetrar el misterio de la desaparición de Marina, y ni aún su padre logró jamás conocer este secreto, pues sus hermanos guardaron un religioso silencio.

Mil absurdas consejos circularon sobre este acontecimiento, hasta que por último, aunque tan extraño y misterioso, pasó como todas las cosas humanas al fatal y despótico dominio del pasado, que las conduce en su lúgubre carro á las eternas regiones del olvido.

No obstante, los habitantes de Sandomir pronunciaban muchas veces el nombre de Marina para bendecirle!

CAPITULO II.

Era el año 1604.

Ivan el Terrible había muerto, dejando á sus sucesores una herencia de lágrimas en castigo de las que él había hecho derramar á sus vasallos.

Y esto que Dios, para contrarrestar sus feroces instintos, había colocado á su lado á una dulce mujer, oveja en la caverna del león, que á pesar de su suavísimo carácter, sabía en ocasiones avasallarle con el persuasivo encanto de sus ruegos, con la magia de sus lágrimas.

Esta mujer era su esposa Marfa, espejo de todas las virtudes, á la que sólo se podía reprochar una falta: el ser sobrado tímida y pusilánime.

Si no hubiese vivido al lado de aquel príncipe cruel, si no hubiese respirado constantemente en una atmósfera de sangre, quizá hubiera sido más enérgica; pero se asemejaba á la flor que crece entre las asperezas de una roca, y nunca ostenta la gallardía de otras flores visitadas por el sol y vivificadas por la brisa.

Y no era que, como hemos dicho, Ivan no la amase con pasión; pero este amor se manifestaba de la manera brusca y violenta peculiar de su carácter. Si vencido por sus humildes súplicas, consentía en perdonar algunas vidas, lo hacía acompañando su concesión de imprecaciones y amenazas que llenaban de espanto el corazón de Marfa.

Nacieron de este matrimonio dos hijos, concebidos en medio del terror, educados en el secreto de los apartados aposentos de la czarina, y en quienes esta, asustada con el ejemplo de su marido, procuró apagar todos los gérmenes de virilidad y resolución.

Fué el mayor, Fedor, que debía suceder á su padre en el trono; fué el menor, Dimitri, el héroe misterioso de las leyendas rusas, y el héroe de la presente historia.

Pasando de un extremo á otro, Marfa preparó la desgracia de sus hijos y de la nación, cuya ventura quería asegurar.

Cuando Ivan murió y cogió las riendas del gobierno su hijo Fedor, se halló que era incapaz de manejarlas.

Débil, irresoluto, apático, fué juguete de cuantos ambiciosos se agitaron en torno suyo, y los súbditos, si maldijeron la crueldad del padre, acaso maldijeron más la inercia del hijo, que ponía el solio y la nación á merced de ineptos advenedizos.

El que más supo dominarle, por medio del engaño y la más refinada hipocresía, fué Boris, hermano de su mujer, el cual, ambicionando apoderarse del trono, allanó todos los obstáculos que se oponían á su elevación, y no perdonó la vida, ni aun al niño Dimitri, que debía suceder á su hermano, no teniendo éste hijos de su matrimonio.

Murió pronto Fedor, ya sucumbiendo por lo endeble de su constitución, ó ya porque acortase sus días algún tósigo, y Boris, por pública elección, ciñó la corona de los czares.

No carecía el intruso de talento y grandeza de alma, y durante los primeros años de su reinado gozó Rusia de paz interior y se vió respetada de las naciones extranjeras; pero luego se oscureció el horizonte, y las calamidades públicas se sucedieron las unas á las otras, como los apañados nubarrones en un cielo tempestuoso.

Empezaron en el año 1600 con el rigor de las estacio-

nes; al siguiente, y á consecuencia de este mismo rigor, el país sufrió un hambre tan espantosa, particularmente en los alrededores de Moscú, que se contaron las víctimas por miles.

Hemos dicho que Boris tenía grandeza de alma y grandes virtudes cívicas; así pues, para aliviar al pueblo, no vaciló en abrirle sus tesoros, consagrándose con ahínco al socorro de los desgraciados. Pero agotado su tesoro, tuvo que recurrir al de la nobleza, lo cual le granjeó el odio de las familias poderosas. Resistieron éstas, tuvo él que obligarlas á viva fuerza, empleando para conseguirlo la amenaza y el castigo.

Horrible fué la tempestad que concitó en su derredor con este proceder, impulsado por una humanitaria y noble causa. El descontento general se manifestó por medio de mil conspiraciones abortadas, que producían naturalmente consecuencias funestas para los conspiradores, y de las cuales germinaban nuevas y más vastas intrigas para derribarle.

Había llegado el Estado á aquel grado de confusión, en que el rey y el pueblo se consideran como encarnizados enemigos, y en que cada ambicioso se juzga con derecho para levantar una bandera por cuenta propia, pensando más en su engrandecimiento que en el bien de la oprimida patria.

Por todas partes resonaba el grito de rebelión, mezclado con los ayes de los hambrientos enemigos, que esperaban conquistar un pedazo de pan con la punta de su espada.

Seguían á tan precario estado de cosas los horrores que le son consiguientes, y el robo, el asesinato y el incendio, precedían por doquiera á la desesperación y la miseria.

Sólo en una pequeña casa de la ciudad de Uglitch no había penetrado el desconsuelo, porque el amor, como el dragón del jardín de las Hespérides, defendía su entrada.

Unicamente cuatro personas habitaban en aquel estrecho recinto; pero disfrutaban de tal ventura, que á materializarse, no hubiera cabido en todo el universo.

Los cuatro sólo vivían el uno para el otro, y sólo pensaban en adivinarse mutuamente sus más insignificantes deseos.

Marina y Alejo labraban el preciado taflete, y Jorge los entretenía con sabrosas y variadas lecturas. Enviábanse los unos á los otros miradas que partían del alma para volar al alma, y embebidos con su mutua adoración, olvidaban el pasado, el porvenir y hasta el presente, para vivir con la espiritual existencia de los ángeles.

Otro ser completaba este cuadro de felicidad doméstica; era la anciana Yola, la cual se entregaba asiduamente al cuidado de la casa, y sonreía de placer al ver sonreír á Marina. Aquellas dos mujeres, embebidas la una en su amor y la otra en su fiel adhesión, parecían haber olvidado completamente que habían tenido criados que las sirvieran, y se entregaban con afán á los más rudos quehaceres.

(Se continuará.)

CÓMO SE COMPUSO LA ÓPERA «EL OTELLO.»

Rossini, el gran maestro, llegaba á Nápoles precedido de una alta reputación. La primera persona que se le presentó al apearse de la diligencia fué, como es consiguiente, un empresario del teatro; en esta ocasión lo era del de San Carlos el Sr. Barbaja. Este abrazó al maestro afectuosamente, y sin darle tiempo para que pronunciara una palabra, le dijo:

—Vengo á hacerte tres proposiciones, y espero de tu amabilidad que no rehusarás ninguna de ellas.

—Explicáte, Barbaja, explicáte.

—Te ofrezco mi palacio para tí y para tus criados.

—Corriente; acepto: dijo Rossini.

—Ofrezcote también mi mesa para tí y para los amigos.

—Bien; tampoco me niego á ello.

—Te propongo escribas una ópera nueva para mi teatro.

—¡Estás loco, Barbaja! Vengo á Nápoles para comer macarrones y tomar sorbetes, no para escribir óperas.

—Te haré preparar cuantos macarrones y sorbetes quieras: los primeros te los compondré yo mismo si es necesario; y en cuanto á los sorbetes, mi dispensero es el que mejor los hace en Nápoles.

—¡Diantre! Esto se pone grave.

—Sí, pero tú en cambio me darás una ópera nueva...

—¡Una ópera! Veremos...

—Tómame un mes, dos, hasta seis, si quieres, de plazo, pero...

—Vamos, cállate, me tomo seis meses.

—Convenidos: vámonos á cenar, que ya es hora, y tendrás apetito.

Aquella misma noche el palacio de Barbaja fué puesto á entera disposición de Rossini: el propietario se eclipsó completamente.

Todos los amigos, y hasta los más lejanos conocidos de Rossini eran convidados sin cumplimientos de ninguna clase á la mesa de Barbaja, en la cual Rossini hacía los honores con perfecto desembarazo y como en casa propia.

Algunas veces éste último se lamentaba por no haber encontrado bastantes amigos á quienes convidar al banquete de Barbaja; si alguna vez sólo había podido reunir quince convidados, estaba Rossini de mal humor, y consideraba que aquel era uno de los días peores de su vida.

Barbaja, fiel al cargo de cocinero que se había impuesto voluntariamente, inventaba todos los días platos nuevos, vaciaba los mejores vinos de su bodega y festejaba á cuantos Rossini le daba la gana de convidar como si fuesen amigos desde su nacimiento. No obstante, á los postres, con muchísimo tacto y disimulo, con la sonrisa en los labios, tocaba la cuestión de la ópera nueva y del extraordinario éxito que no podía menos de obtener.

Pero á pesar de todas las precauciones oratorias del honrado empresario para recordar á Rossini el cumplimiento de la palabra empeñada por su huésped, no producían sus palabras efecto alguno: las escuchaba Rossini como quien oye llover; pero vino un día en que éste se amostazó y rogó á Barbaja no compareciese más en la mesa.

Entre tanto pasábanse los meses, el libretto estaba concluido y nada hacía entrever en qué fecha el compositor empezaría su trabajo.

Á las comilonas seguían los cafés, los paseos, á los paseos las partidas de campo, de caza y de pesca, de equitación, y en ello repartía el tiempo Rossini. Todo menos hablar de música, de composición, de la ópera. El empresario se ponía furioso y deseaba promover un escándalo, pero siempre se contenía, porque tenía fe en las obras de Rossini, y contaba que tarde ó temprano lograría que éste la escribiese: guardó por cinco meses silencio con la mayor resignación. Llegó la mañana del primer día del sexto mes, y viendo que no había tiempo que perder, ni consideraciones que guardar, resolvió llamar al maestro á solas, y empezó diciéndole:

—Querido Rossini, ya sabes que sólo faltan veintinueve días para el plazo fijado.

—¿Qué plazo?—contestó Rossini, con la misma sorpresa que si se le hubiese hecho una pregunta extraña é incomprensible.

—¡Toma! El que vence el día 30 de Mayo, que es el mes de la fecha.

—¿El 30 de Mayo?—dijo aparentando la misma sorpresa.

—¡No me prometiste una ópera nueva que debía ponerse en escena el mencionado día?

—Te prometí...

—Vamos, ya no es cuestión de hacerse el sorprendido, exclamó con calor el empresario; contando con tu genio y con la extrema facilidad que para el trabajo te ha concedido la naturaleza, he aguantado hasta hoy: ya no puedo esperar más; necesito la ópera sin falta ninguna.

—¿No podríamos cambiar el título de alguna ópera vieja?

—Es imposible. Los artistas están contratados para cantar una ópera nueva, y se negarán á cantar una ópera vieja.

—Bien, les aplicas la multa.

—Ya se ve, ¿y el público?

—¡Toma! cierra el teatro.

—¿Y el compromiso que tengo también con el rey?

—Presenta tu dimisión....

—Efectivamente; si ni los artistas, ni el público pueden obligarme á cumplir....

He dado mi palabra y Domenico Barbaja no ha faltado ni faltará nunca á su palabra como hombre de honor.

—Entonces es otra cosa.

—¿Con que te comprometes á empezar mañana la composición?

—Mañana es imposible, pues estoy comprometido á ir á Fusaro á una partida de pesca.

—Corriente, dijo Barbaja, metiendo las manos en los bolsillos del paletot, veremos qué partido hemos de tomar; y se separó sin decir más palabra.

Cenó Rossini con muy buen apetito, retiróse encargando á su criado que lo llamara sin falta alguna al apuntar el día, y que tuviera preparada una barquichuela para ir á Fusaro; tendióse en su cama y se quedó dormido tranquilamente.

Despertóse Rossini al medio día, y extrañando que su criado no le hubiese llamado antes, tiró de la campanilla, pero el cordón se le quedó en las manos; dirigióse á la ventana que da al patio del palacio y empieza á lla-

al criado, pero nadie le contesta: furioso se pone á rotar con alaridos, que más parecían los de una panherida que los de un hombre; pero todo inútilmente. El palacio Barbaja era aquel día sordo y mudo. Dirigió á la puerta de la habitación; allí fué Troya: estaba denada por fuera y emparedada. No quedaba más expediente al gran maestro que el de tirarse por la ventana, pero era muy alta, y en obsequio de la verdad, y en prueba de la prudencia de Rossini, él mismo confesó más de que dicha idea ni aun le vino á la mente.

—¿Qué más de una hora en esta furiosa actitud, sin aparecer nadie, hasta que al fin se presentó el empresario señor Barbaja en una de las ventanas colaterales al cuarto del maestro. Rossini, que no había abandonado la ventana, á la vista del empresario, de arrancar un ladrillo á la pared con objeto de tirárselo; pero no siéndole posible, se contentó con dirigirle terribles imprecaciones. Barbaja, con la voz más melosa del mundo, dijo:

—¿Deseáis algo, querido Rossini?

—Sí; quiero salir al instante de este encierro infame.

—Bien; ya saldréis, querido maestro; para ello no tenéis más que escribir la ópera y quedareis libre.

—Este es un secuestro arbitrario, es una iniquidad! el maestro.

—Será lo que queráis, lo calificareis como os dé la gana; quiero una ópera nueva, y no saldréis sin haberla escrito.

—Bien; haré saber á todo el mundo vuestro modo de pensar, y entonces se verá la conducta del Sr. Barbaja, y de los artistas....

—¡Toma! Haré con ellos lo que me indicó el maestro Rossini hace pocos días; esto es, les haré pagar la multa.

—Informaré al público de vuestro modo de obrar con el teatro.

—Y yo cerraré el teatro, según vuestras indicaciones.

—Me quejaré al rey.

—¡Toma! yo presentaré mi dimisión, siguiendo en un momento vuestros sabios consejos.

Rossini vióse combatido con sus propias armas, y como hombre superior á las circunstancias, cambió repentinamente de tono y dijo calmamente á Barbaja:

—Paso por la burla; y todo lo que tenía un instante de irritado, tengo ahora de calmoso. Pero ¿podré saber cuándo obtendré mi libertad?

—Ya os lo he dicho; obtendréis vuestra soltura cuando reciba yo la última escena de la ópera; dijo Barbaja saludándole con mucho énfasis y cortesía.

—Corriente, pues; mandad esta noche por la sinfonía. Efectivamente, por la noche recibió el empresario un cuaderno de música, en cuyo sobre se leía en letras grandes: *Sinfonía del Otello*.

El salón del palacio Barbaja estaba lleno de celebridades filarmónicas; corrióse al piano, descifróse el trabajo del inmortal Rossini y se declaró que el gran maestro debía considerarse como un semidios, pues inventaba y componía sin dificultad ni fatiga. Loco de contento Barbaja, arrancó la sinfonía de manos de los admiradores para llevarla á la copistería.

Al siguiente día recibió otro cuaderno, en cuyo sobre se leía en letras también muy gordas: *Atto primo dell' Otello*; este nuevo cuaderno fué enviado sin mirarle siquiera á los copistas, los cuales cumplían con la obediencia pasiva á que les había acostumbrado Barbaja: á los tres días la *partitura dell'opera Otello*, fué devuelta al empresario debidamente copiada.

Barbaja, no pudiendo contener los trasportes de su alegría, se echó al cuello de Rossini, pidiéndole le dispensara los medios de que se había valido, rogándole tuviera la amabilidad de asistir á las pruebas.

—Bien, contestó con mucha tranquilidad; yo mismo pasaré á casa de los cantantes, yo les haré estudiar la parte, y en cuanto á los músicos, haz que vengan á casa.

—Gracias mil, Rossini; arréglate con ellos, y así mi presencia no será necesaria, y tendré el placer de admirar tu gran obra en la prueba general. Ruégote olvides, mi querido Rossini, lo que he hecho contigo.

—No hablemos más de esto, querido Barbaja, dijo Rossini.

—Corriente, pues; hasta la prueba general.

Llegó el tan apetecido día de la prueba general, víspera del tan famoso 30 de Mayo, que tantos disgustos y sinsabores había costado al honrado empresario.

Ocuparon, pues, los cantantes y los músicos sus respectivos puestos, sentándose Rossini al piano.

Varios caballeros y señoras de importancia ocupaban los palcos del proscenio. Barbaja, radiante de gozo y con aire triunfante y frotándose las manos, se paseaba con énfasis en el palco escénico.

Empezó la sinfonía: frenéticos aplausos resonaron prolongadamente en las bóvedas del gran teatro de San

Carlos. Levantóse Rossini saludando afectuosamente.

—Bravo, dijo Barbaja; pasemos á la cavatina de tenor.

Sentóse Rossini y empieza el primer violín á repetir la sinfonía; mayores y más repetidos aplausos estallaron de nuevo.

—Bravo, bravísimo, repite Barbaja; pasemos á la cavatina.

Tocó por tercera vez la orquesta la sinfonía.

—Acabemos, pues, dijo Barbaja; buena, excelente es por cierto la sinfonía; pero no hay tiempo que perder: ensayemos la cavatina.

Pero á pesar de la orden del empresario, siguió la orquesta repitiendo la sinfonía.

Furioso Barbaja, se dirige al primer violín y asiéndolo por el cuello de la levita le dice:

—¿Qué significa esto? Hace más de una hora que seguís tocando lo mismo.

—Toma, dijo el primer violín con una flemma verdaderamente alemana; toco lo que se me ha dado.

—Volved la hoja, imbécil.

—Sí; ya podemos volver la hoja, no hay más que la sinfonía para y neta.

—¿Cómo, no hay más que la sinfonía? exclamó palideciendo el empresario. ¿Es esto una burla que se me hace?

Rossini al ver la turbación del empresario y para hacerle más dolorosa la mofa, levantóse con ironía y saludó á los circunstantes del mismo modo que cuando había sido aplaudido.

Barbaja cayó desmayado.

La *prima donna*, el tenor y todos los presentes le rodearon; creyóse por un momento que le había acometido un ataque apoplético fulminante.

Trastornado Rossini al ver que la burla había tomado un carácter demasiado serio, acercóse con inquietud á Barbaja.

Á la vista de Rossini, el empresario, furioso como un león, empezó á dirigirle terribles improperios.

—Quitate de mi presencia, traidor infame, ó de lo contrario no respondo de mí.

—Vamos, un poco de calma, dijo Rossini. Tal vez encontremos algún remedio.

—¿Qué remedio quereis que haya? ¿no es mañana el día señalado para la representación?

—¿Y si no pudiese representarse por indisposición de la *prima donna*? dijo Rossini en voz muy baja al empresario.

—Imposible, contestó Barbaja. No puedo creer queiera contraer ella tan grave responsabilidad.

—Si se lo pudieseis vos?...

—Inútil es esperarlo; veo que no conoces á la Colbrand.

—Te creía, pues, en buenas relaciones y en gran altura con ella...

—Razon de más; por eso lo considero tiempo perdido.

—Tal vez; lo que no se prueba no se sabe.

Al día siguiente, leíase en los anuncios del teatro de San Carlos: "Por indisposición de la *prima donna*, se suspende la primera representación del *Otello*."

Ocho días después se representaba la partitura. Ocho días bastaron á Rossini para hacer olvidar la gran ópera de *Shakespeare*.

Acabóse la representación y Barbaja lleno de emoción buscaba al inmortal maestro para abrazarlo; pero inútilmente, pues Rossini había desaparecido.

Llama al siguiente día el empresario al apuntador, el cual hacía al mismo tiempo las veces de secretario privado de Barbaja, y le dice:

—Busca á Rossini y dile que deseo hablarle.

—Rossini ha marchado para Bolonia esta madrugada.

—¿Y sin decirme nada? Pasa al cuarto de la Colbrand y dile que...

—Señor, ha marchado también en el mismo coche que Rossini.

—La pícara me abandona, tal vez para ser amante de Rossini.

—Disimule V. caballero, la Colbrand no es amante de Rossini, es su esposa.

JUAN ZANÉ VINZIA.

CORRESPONDENCIA.

Una suscritora.—Por razones fáciles de adivinar, no contestamos jamás á las cartas que no vienen suscritas con el nombre de la persona que nos las dirige. Perdónese usted, pues, si no me es posible complacerla.

Celestina.—Se han desterrado ya los tapetes de hule para cubrir las mesas de comedor. Estas, cuando más, se cubren con un tapete de paño ó tela, que se quita para poner los manteles. La simpatía que me demuestra, me

lisonjea infinito, como la que inspiro sin merecerlo á todas las suscriptoras.

Paul.—Se lleva el mismo tiempo de luto para una madre política que para la madre verdadera. Los hombres ya no llevan guantes blancos, sino de color de paja muy claro ó gris plata.

Una joven madre.—La nodriza puede ir algunas veces en la testera del carruaje, pero no la niñera; V. y su esposo deben ocupar la testera, y la niñera con el niño enfrente. Mil gracias por los elogios que me prodiga en nombre de su esposo. Merecer el aprecio y la estimación de los hombres, es cuanto puede apetecer un periódico de modas. Esto prueba que es serio, útil y llena por completo el fin benéfico que se ha propuesto.

Rosa.—Un largo viaje al extranjero me ha privado este verano de contestar en tiempo oportuno, á muchas cartas. Quizá la de V. haya sido por esto desatendida. Á V. y á todas nuestras amables suscriptoras pido por ello mil perdones. Rizando á menudo el cabello se corta: lo mejor es separar el pelo de la frente en dos mitades, y arrojarlas sobre dos peñecillos que se quitan luego. El agua pura es el mejor cosmético que se conoce para la que, como V., tiene el cutis terso.

Una recién casada.—Según todas las probabilidades, este invierno continuarán llevándose las túnicas. Las confecciones serán muy largas, cerradas por delante y de mucho abrigo.

Soluciones á las charadas que aparecieron en el número 35 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Setiembre, por las señoritas Doña Carmen Plá, de Tarragona; Doña Gumersinda Menéndez, de Pamplona; Doña Rosa Coll, de Barcelona; Doña Josefa Valentin, de Bribiesca; Doña Luisa Fernandez, de Valladolid; Doña Antonia Buena-luz, de Gandía; Doña Tomasa Casta, de Teruel; Doña Fidela Sanchez, de Antequera; Doña Dolores Moreu, de San Roque; Doña Camila Llanes, de San Sebastian, y Doña Jerónima Altovardé, de Madrid.

I.
CABALLERO.

II.
TERTULIA.

CHARADAS.

I.

Más que nota musical
Es la prima, y, sin disputa,
En igual caso se encuentra
Exactamente segunda.
La tercera también tiene
Más aplicación que una,
Como después se verá
Cuando el todo se descubra.
El todo es un sér que muchos
De distinto modo juzgan,
Y no sé si con razón
De egoísta se le acusa.
Lo que sí es verdad palmaria
Sin gerónimo de duda,
Es que hay siempre en las colmenas.
Zánganos que la miel chupan.
Mientras la industriosa abeja
Para elaborarla suda,
Que es lo que aquí nos sucede
Con cierta familia cuesa.
Á la que nada le basta,
Ni la colmena de Cuba,
Ni todos los colmenares
Que en España tanto abundan.
Porque su sed de riquezas
No se ve saciada nunca,
Pues cuanto más oro atrapan
Más su codicia se aguja.
Así que, no será extraño
Que á este todo se atribuya
Una inclinación igual,
Pero en colmena no suya.

GERÓNIMO S. COUDER.

4 de Agosto 1876.

II.

Una, dos, tercera y cuarta,
La charada entera son;
Componiéndola dos letras,
Una nota en diapason,
Una planta muy sabida,
Y no hay más explicación.
Al todo, santo bendito
De mi mayor devoción,
Le estuve haciendo ayer tarde
Un gran rato de oración.

JOAQUÍN RAMA.

COLEGIO DEL PACÍFICO

BAJO LA DIRECCION DE

DON DOMINGO FERNANDEZ ARREEA.

Los cuatro primeros y únicos alumnos de segunda en-

señanza que han hecho sus estudios en este Establecimiento, recientemente creado, han obtenido en el pasado curso cinco notas de *Sobresaliente* y tres de *Notablemente aprovechado*, con dos *Menciones honoríficas*.

El único alumno de carreras especiales, preparado también en este Colegio para el ingreso en la Academia de Infantería, ha alcanzado el núm. 5 entre 500 aspirantes próximamente. Estos resultados son para los padres de familia la mejor recomendación de un Establecimiento que, por su situación despejada y grande capacidad, reúne inmejorables condiciones higiénicas para la salud y robustez de los niños.

Se admiten internos, medio pensionistas, permanentes

y externos. Se remiten reglamentos á quien lo desee.

BARRIO Y CALLE DEL PACÍFICO
(FRENTE Á LOS DOCKS),
NÚM. 17, CUARTO PRINCIPAL, MADRID.

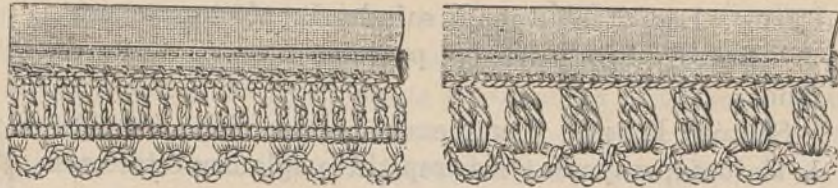
LA PRIMAVERA.

FLORES Y MODAS.

CIPRIANA F. DE RUIZ.

Calle de Carretas, núm. 4, Madrid.

Con motivo de haber pasado á nuevo dueño



16 y 17. Puntillas de crochet.

18. Corbata con encaje Shetland.
(Véase el núm. 19).

21. Toquilla de tul.



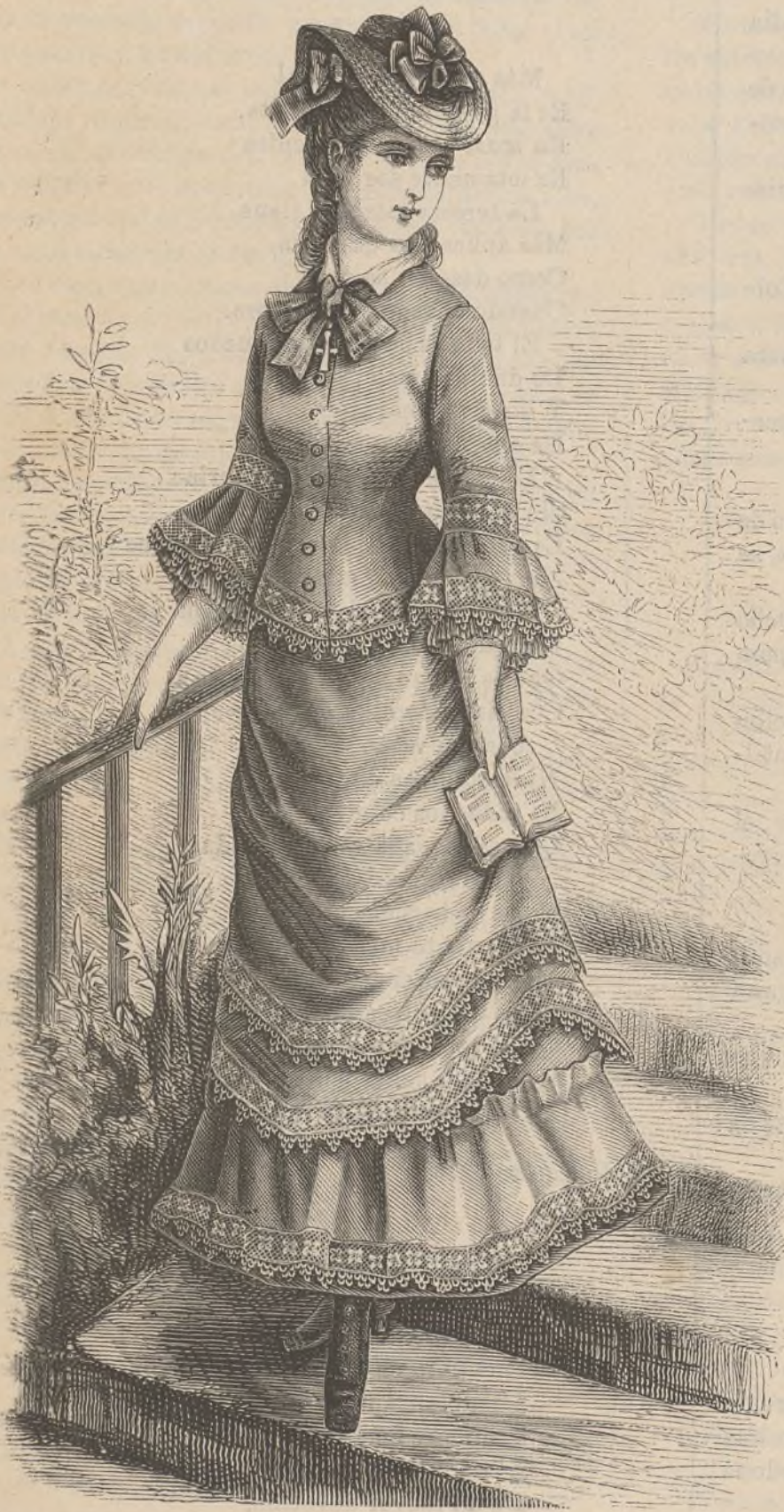
20. Cuello y corbata.

La falda y el cuerpo constituyen un vestido prim azul, adornada la falda con un volante fruncido, debajo del cual asoma un plegado de muselina guardado con una puntilla. Echarpes anchos de seda broch color de espiga, realzadas con volantes de encaje ne Adorno de las mangas y fichú iguales. Peinado con redecilla de moda y media guirnalda de flores naturales amarillas, sostenida por un lazo azul.

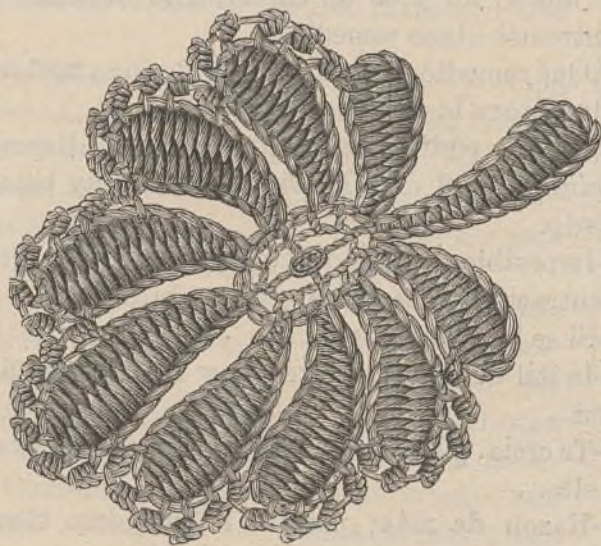
FIG. 2.^a—*Traje de visita*.— Aunque este traje es muy rico, puede hacerse en tela más sencilla. Nuestro modelo es de faya rosa, y ántes que todo haremos notar el gracioso volante que le adorna por abajo, y que es de suma novedad. Este se halla formado por picos de la tela recortados y adornados con seis biesses estrechos, y en el hueco de los picos un volante plegado en abanico. Una triple túnica peplum, guarnecida con valenciennes, tiene asimismo la forma de funda y no lleva ningún recogido. El cuerpo coraza, liso, va abrochado por detrás. La echarpe de cachemir color de marfil, está puesta en fichú, cruza por delante y pasa luego á anudarse graciosamente por detrás. Su adorno consiste en un fleco.

Sombrero adornado de rosas. Peinado teau realzado con anillas doradas.

Estos dos trajes son sumamente elegantes. Como ya hemos tenido ocasión de repetirlo varias veces, los trajes representados en nuestros figurines son siempre nuevos y distinguidos.



22. Vestido con coraza para jovencita.

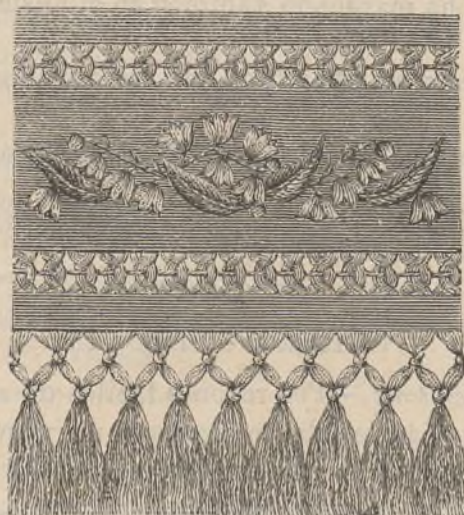


19. Hoja del encaje Shetland para el núm. 18. dicho Establecimiento, en el que ha introducido notables mejoras, tanto en su decorado como en la clase de los géneros; ofrece á sus favorecedores novedades de última moda, lo mismo en la confección de sombreros y vestidos de señora y niños, como en el gusto y acertada combinación de colores en los diversos adornos de flores, prendidos, coronas, y en todo lo concerniente á este ramo.

También se hacen composturas y reformas.

Explicacion del Figurin 1236.

FIG. 1.^a—*Traje de recepcion*.— Este riquísimo traje servirá para dar empleo á los volantes de encaje que se posean, con lo cual podrá realizarse una economía relativa.



24. Dibujo para la corbata núm. 23.



23. Vestido con túnica para jovencita. (Véase el núm. 24.)

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a, 2.^a y 4.^a Edicion, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de 1.^a, 3.^a y 4.^a el pliego de dibujos para bordados.

Administracion, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doctor Fourquet (ántes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.

CORREO DE LA MODA.

2 de Octubre de 1876.

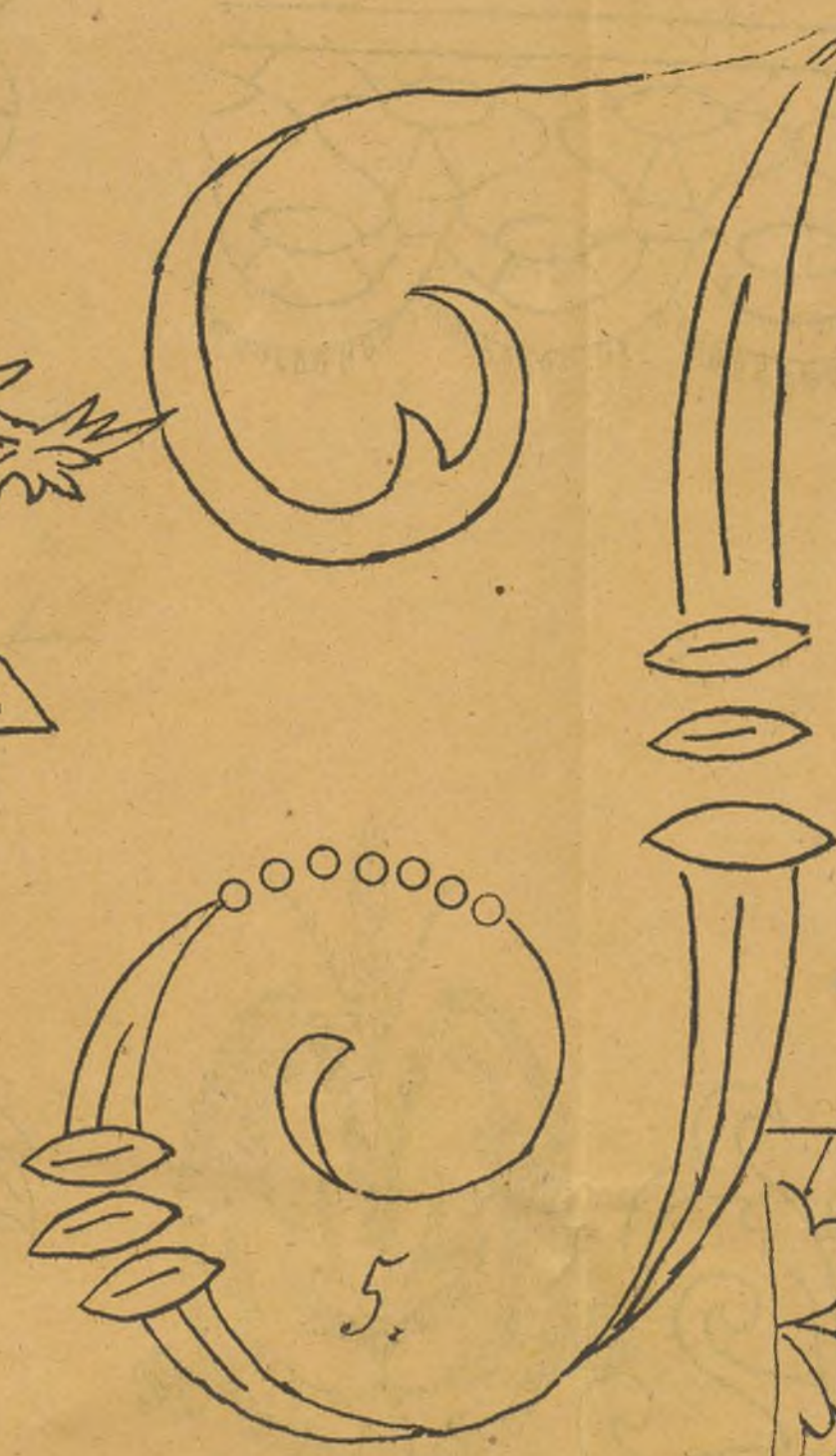
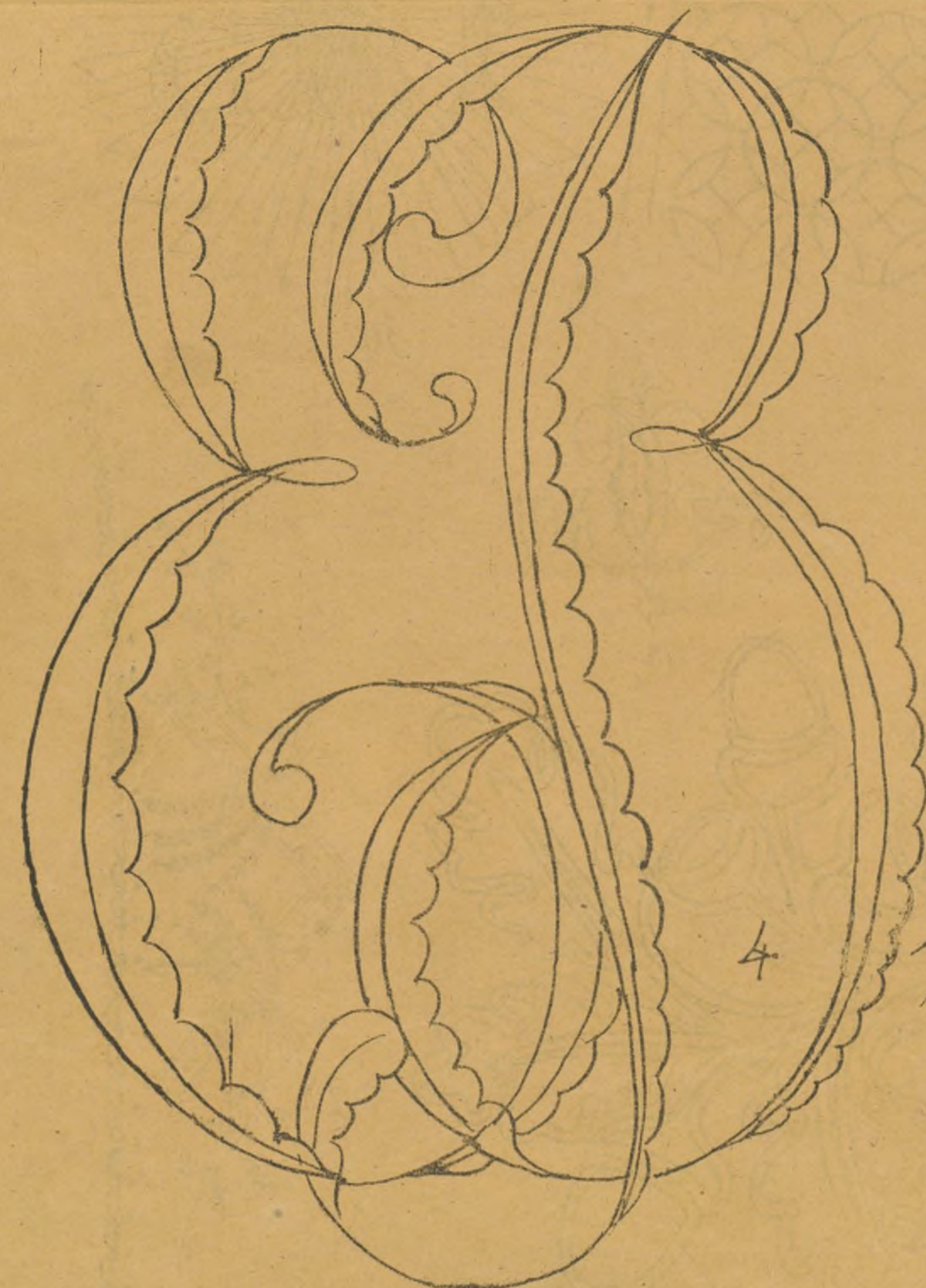
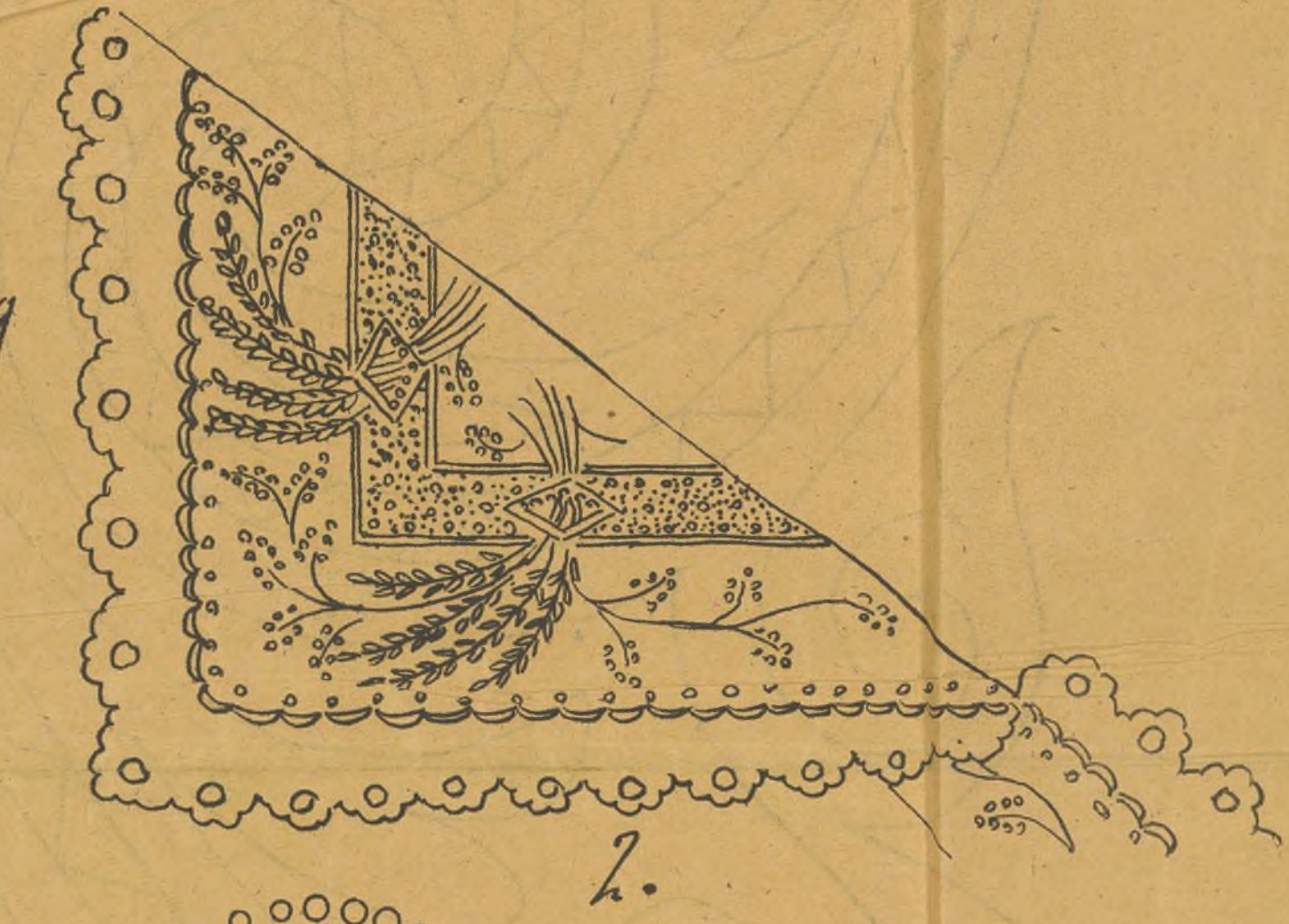
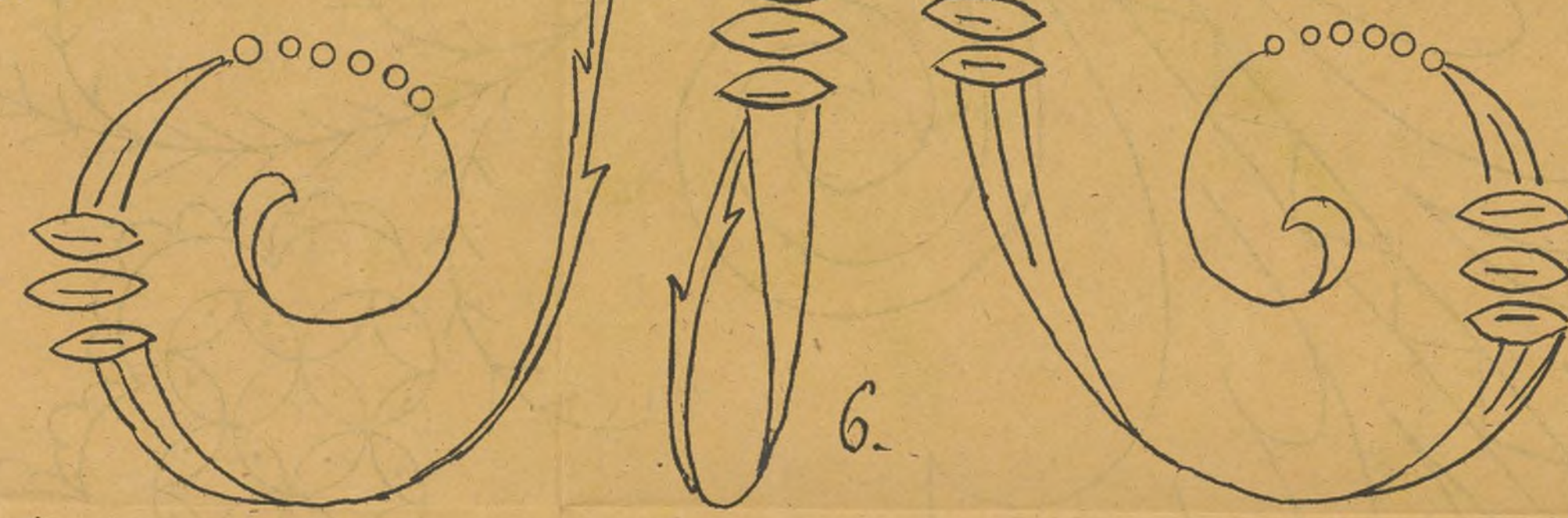
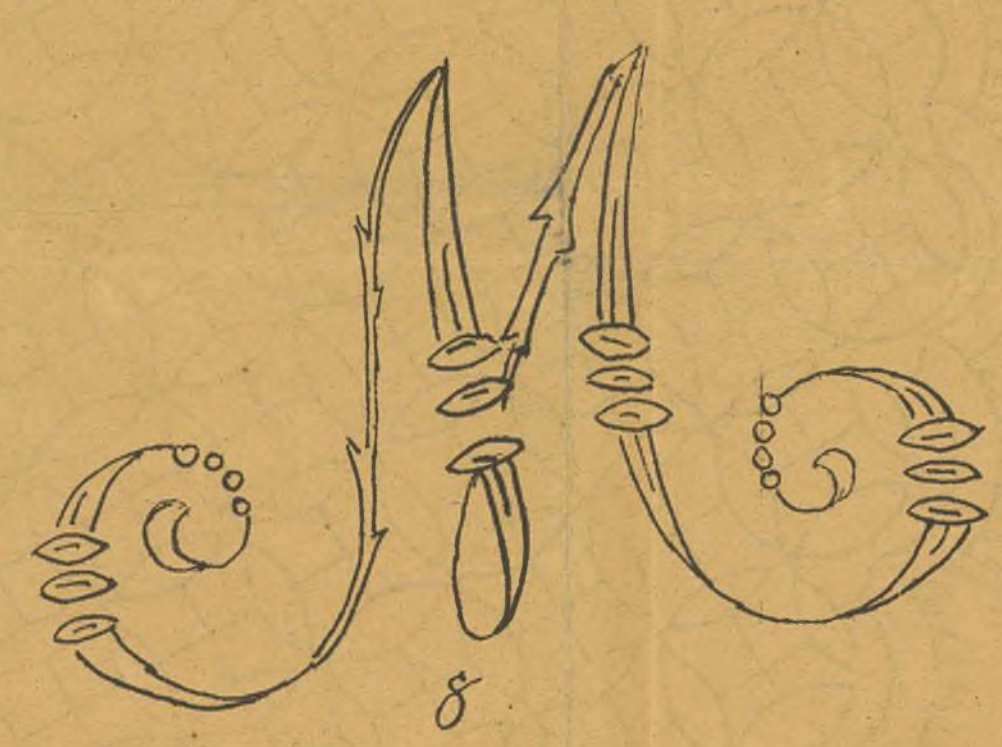
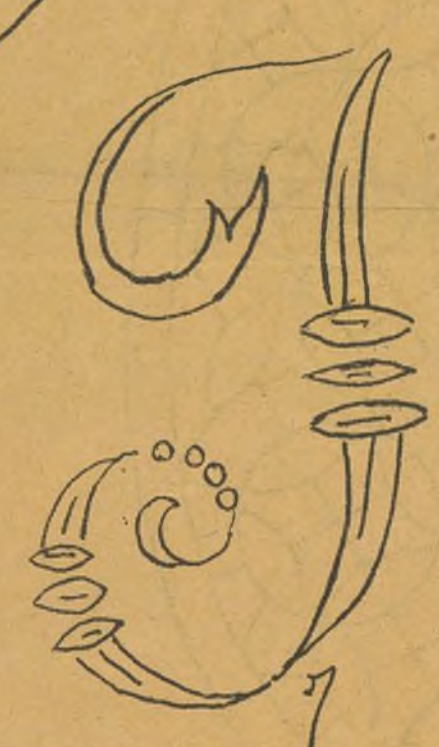
DIBUJOS PARA BORDADOS.

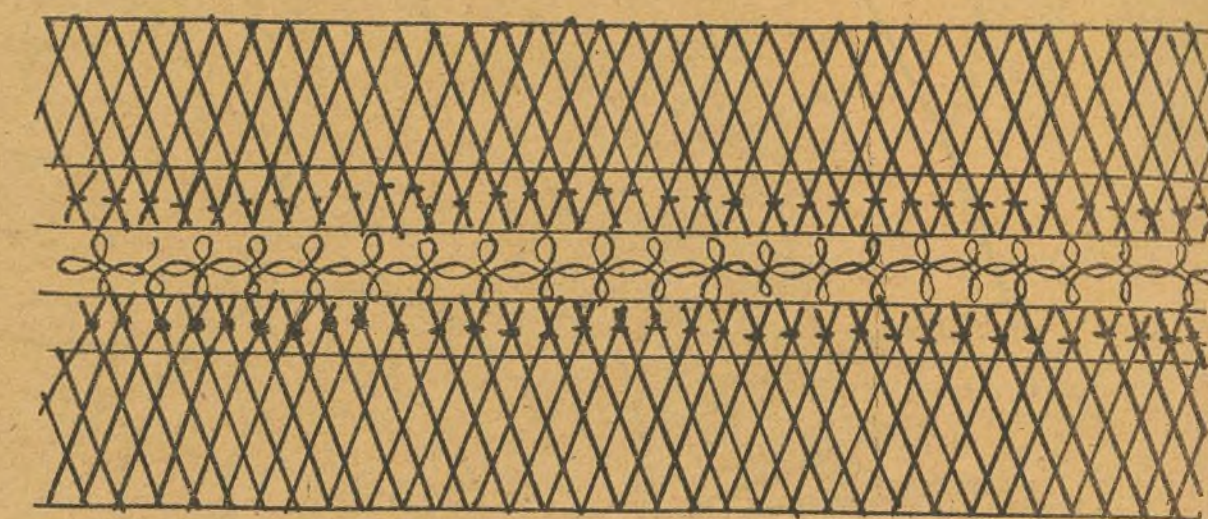
DERECHO.

1. Arandela para lámpara. Bordado con soutache de colores vivos sobre paño oscuro.
2. Angulo para cuello y puños. Bordado rico á plumetas sobre batista.
3. Cenefa y ángulo para pañuelo bordado al pasado y calados.
4. Las letras enlazadas *J* y *M*, grandes para sábanas y almohadas.
- 5 y 6. *J* y *M*, letras enlazadas para pañuelos.
- 7 y 8. *J* y *M*, enlazadas para pañuelos.
- 9 y 10. *J* y *M*, enlazadas para pañuelos.
- 10 y 12. *J* y *M*, enlazadas para pañuelos.

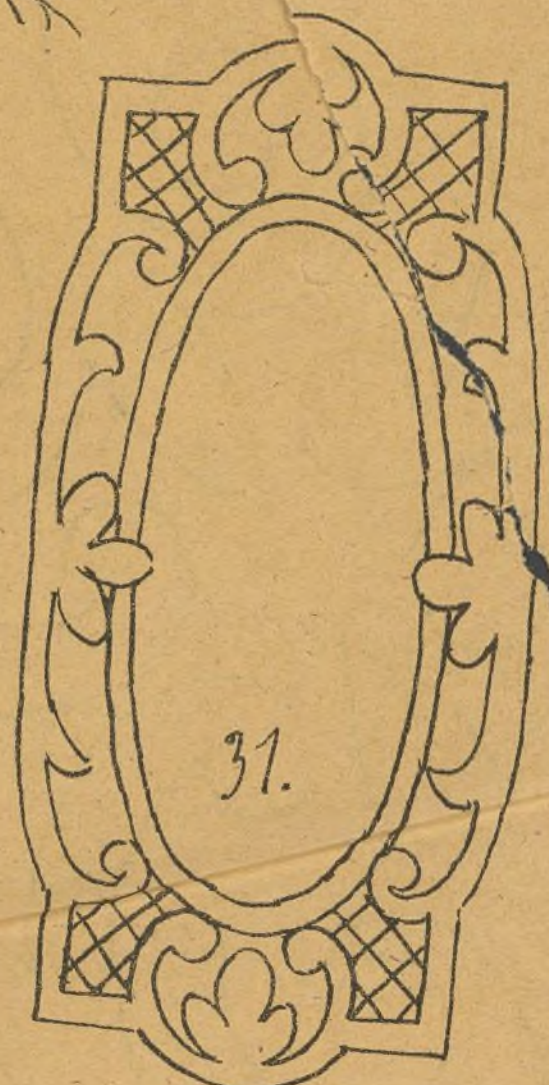
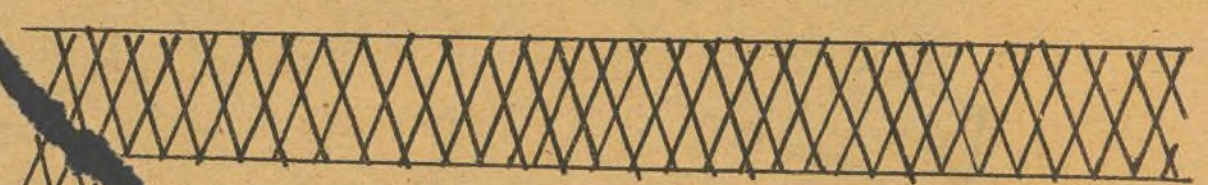
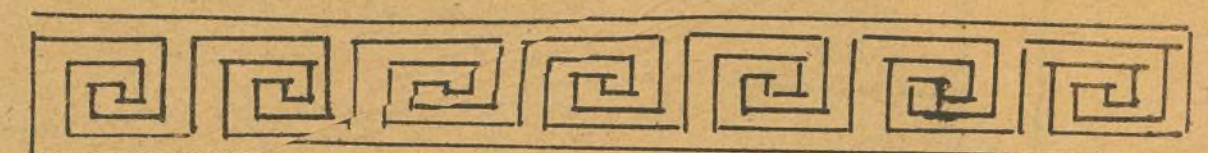
REVES.

13. Cuarta parte de tapete para mesa. Bordado sobre paño con soutache y trenzillas.
- 14 y 15. Gorrito para niño. Bordado á cordoncillo y feston sobre batista, recortando la tela por debajo de los calados.
- 16 y 17. Escudo é iniciales para pañuelo, bordados á plumetas.
18. Guirnalda bordada al pasado, cordoncillo y punto raso.
19. Cenefa á punto de fantasia para adornar corbatas, cubiertas de canastilla, etc.
- 20 y 21. Medallones para adornar diferentes objetos.
22. Ramo bordado al pasado con colores vivos sobre paño ó raso.
23. Dibujo para sillas ó portieras. Bordado con soutache sobre paño.
- 24 y 25. Botones para ropa blanca.
26. La cifra *J* y *M* para pañuelo de altar.
27. Tapa de cartera. Bordado en oro sobre piel de Rusia.
28. Puntilla de seda.
29. Adorno de soutache para trajes de niños.
30. Cenefa á la inglesa para ropa blanca.





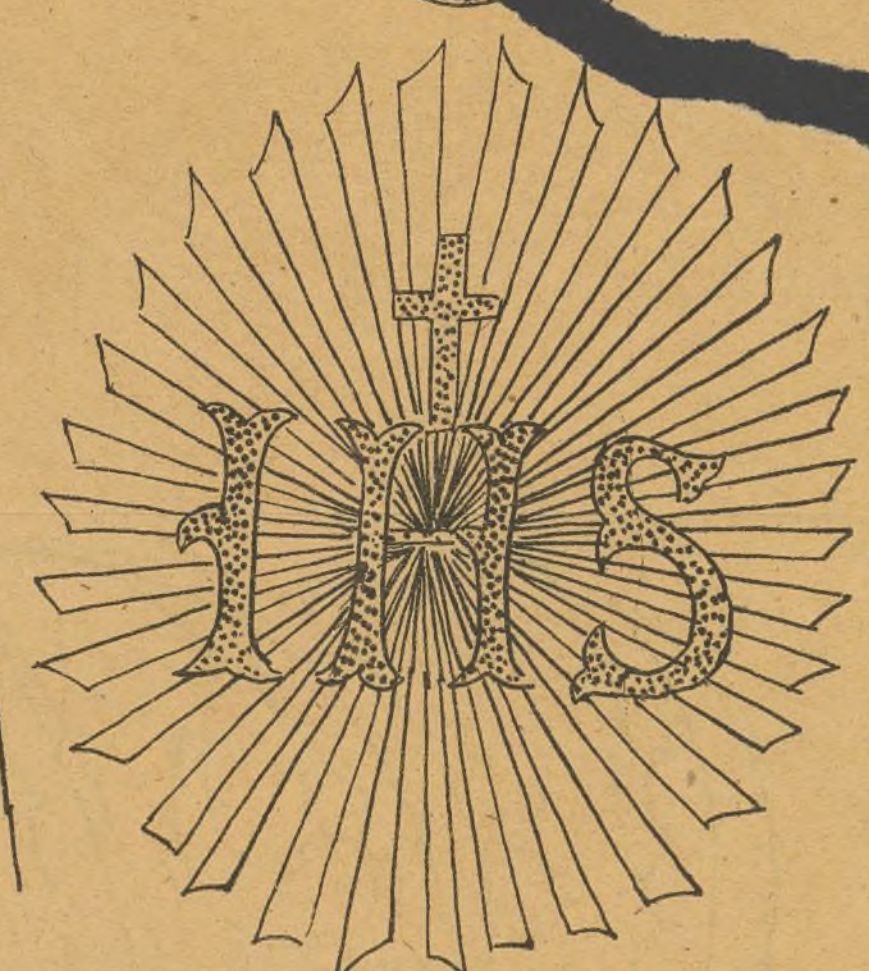
20.



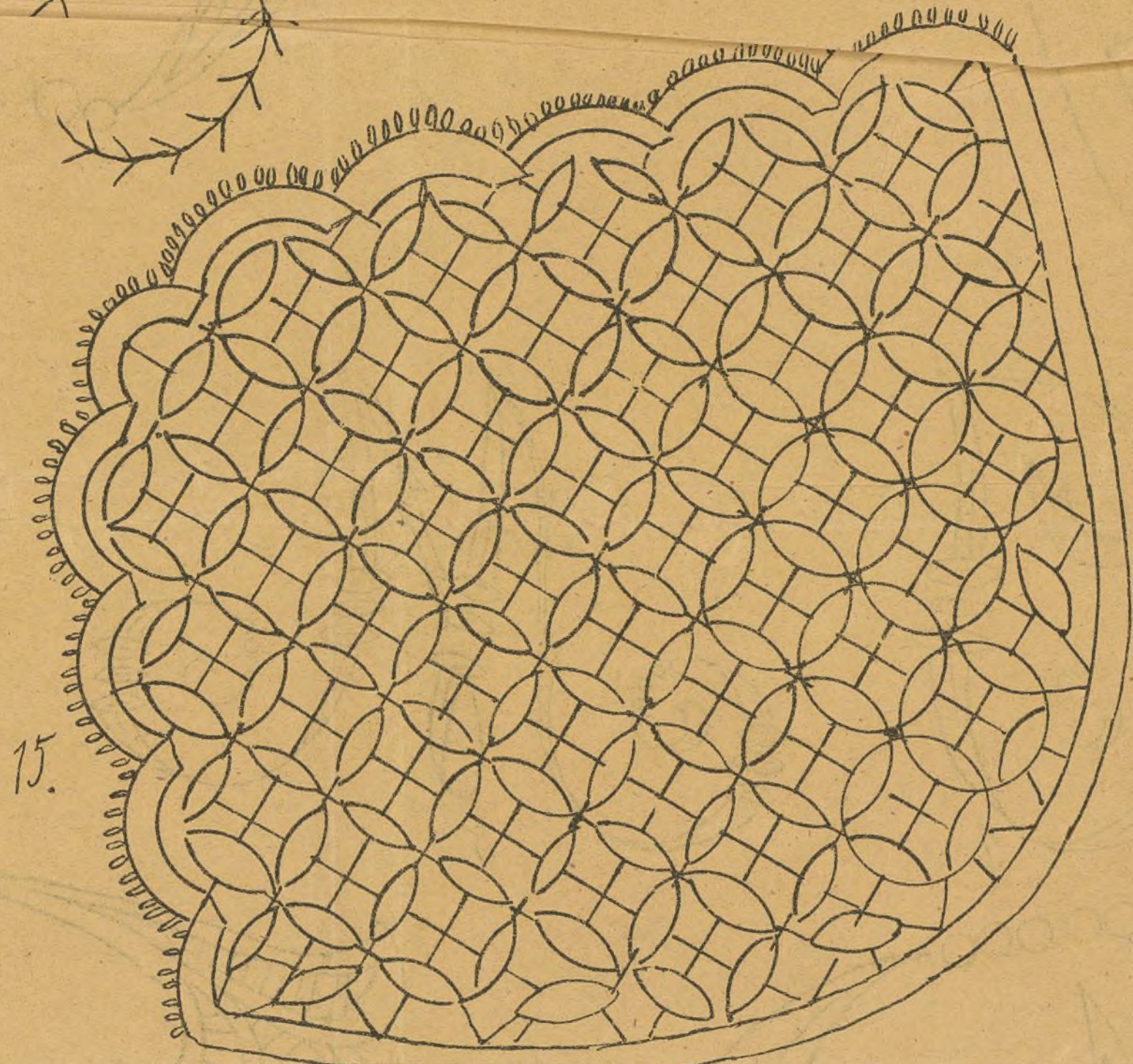
31.



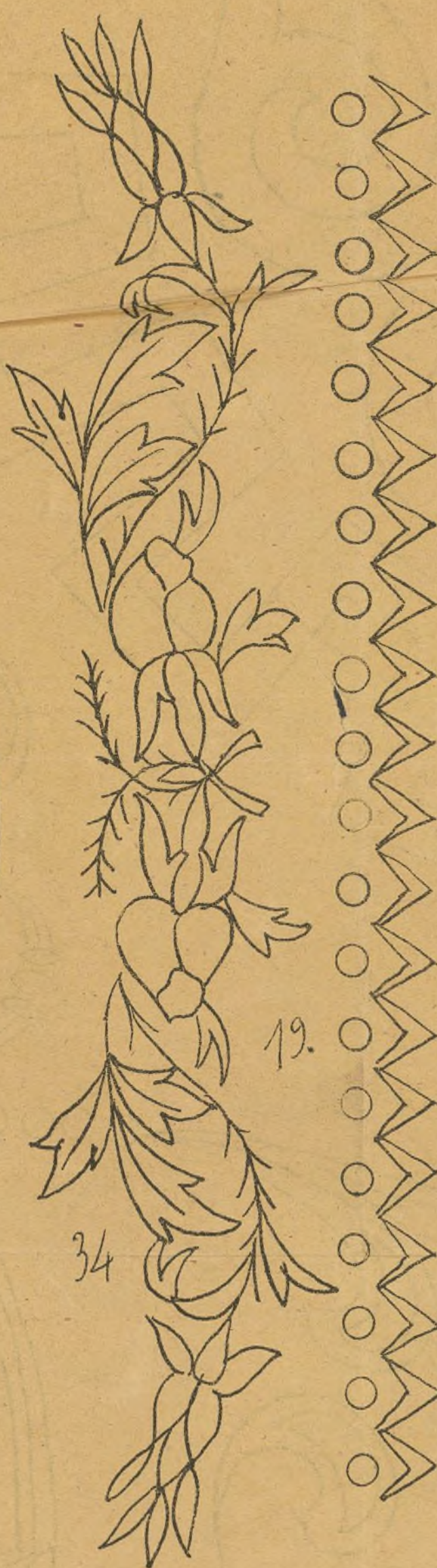
21.



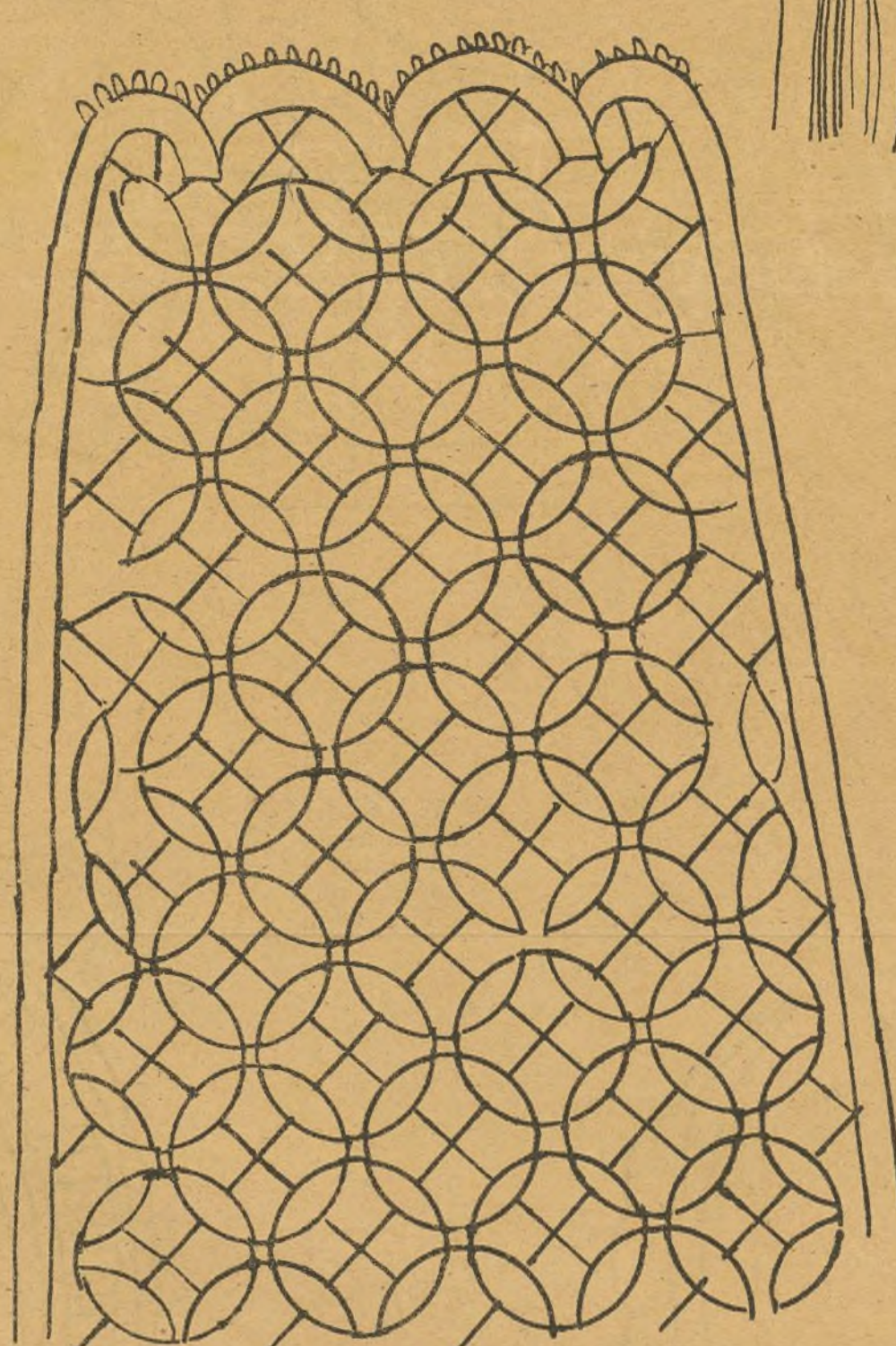
30.



15.



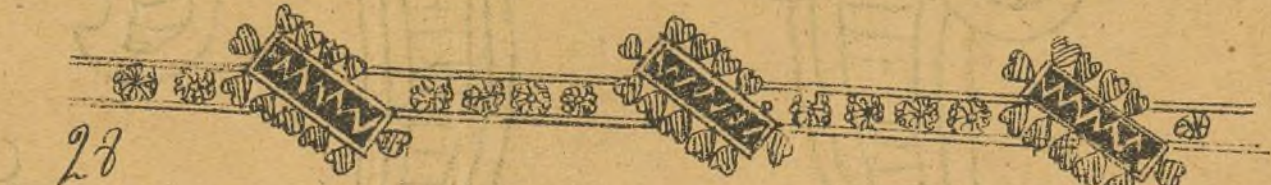
19.



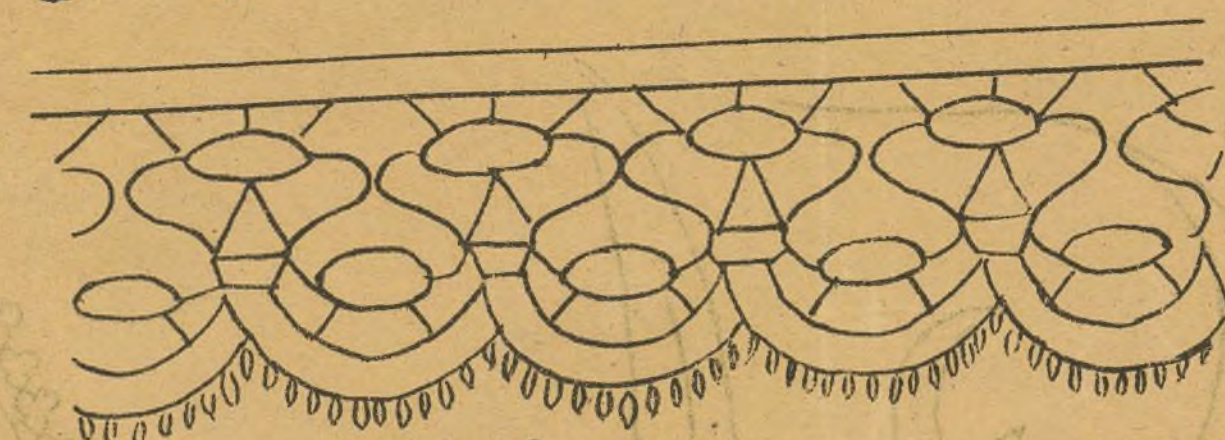
16.



22.



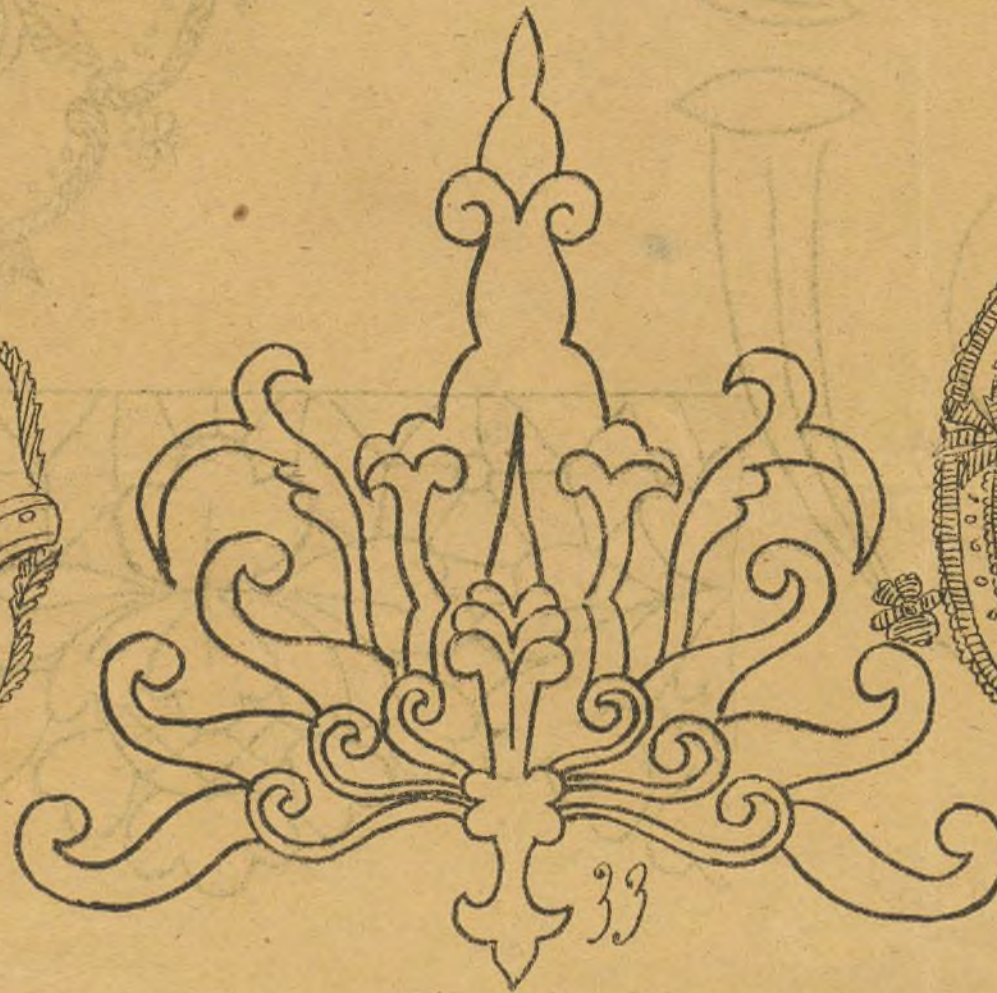
28.



32.



22.



33.



23.



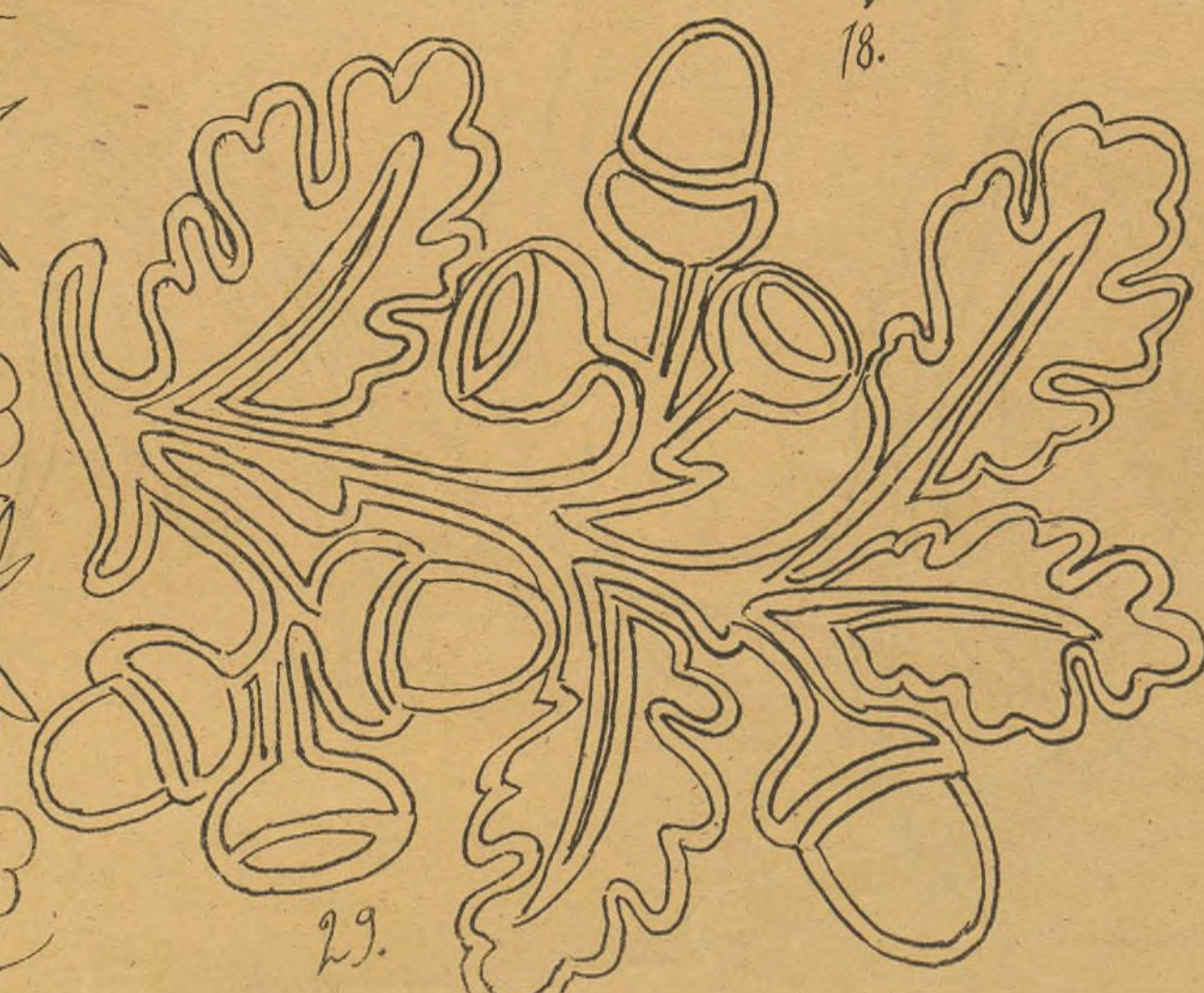
25.



14.



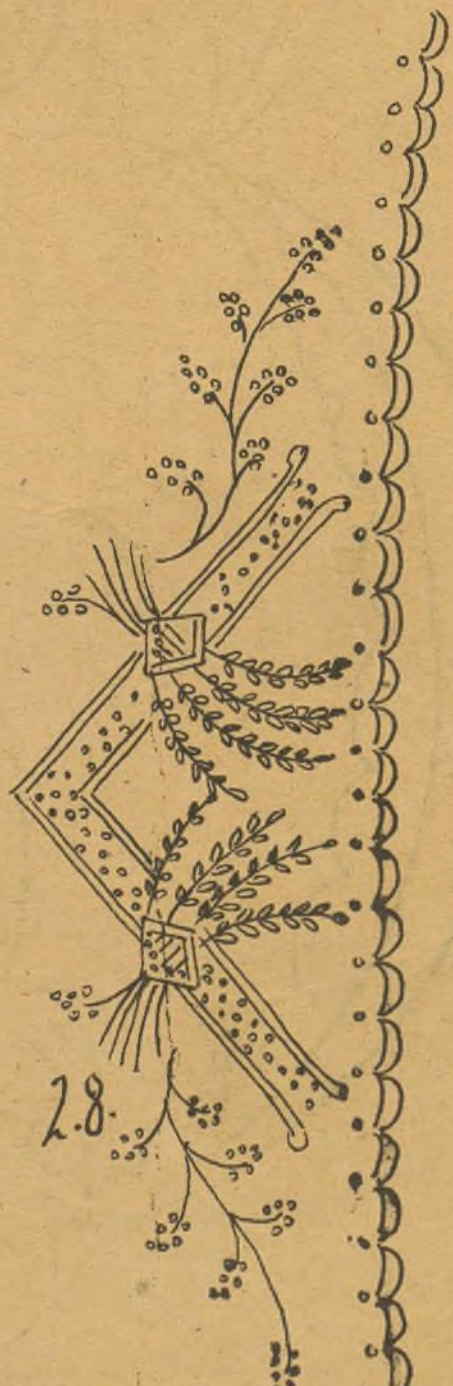
27.



29.



18.



28.

Ayuntamiento de Madrid